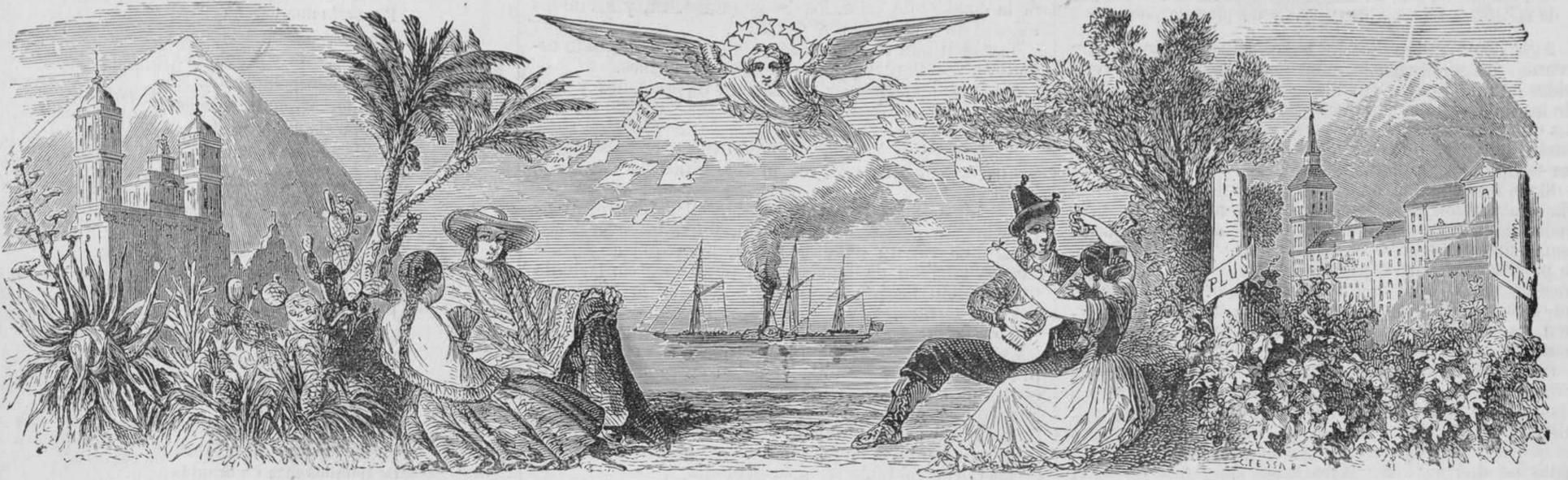


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — TOMO XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

AÑO 20. — N° 423.

## SUMARIO.

Los patinadores en el riachuelo del bosque de Boulogne; grabado. — Revista española. — El bombardeo de Gaeta; grabado. — Casa del general Bonaparte en París; grabados. — Revista de París. — ¡Adios! — Desaliento. — Era cristiana. — Condecoracion ofrecida á Garibaldi; grabados. — La Prudencia impidiendo el mal;

grabado. — Aspecto del Sena en la mañana del 12 de enero de 1861; grabado. — Una historia inglesa. — La Fuerza favoreciendo el bien; grabado. — El carnaval y el miércoles de ceniza; grabados. — Los aventureros. — Revista de la moda. — Enfermedad y muerte de los condes de Montemolin y su hermano; grabado. — Pericles Argyropoulo; grabado.

## Revista española.

El filósofo y el cronista. — Fisonomía del año nuevo. — Animacion en Madrid — Bailes en casa de los duques de Medinaceli y de Fernan-Núñez. — Teatro de *Sal si puedes*. — Las reuniones del señor Piquer. — Su teatro. — Su estatua



LOS PATINADORES EN EL RIACHUELO DEL BOSQUE DE BOULOGNE.

de Colon. — Carta de un madrileño á un habitante de Cárdenas. — Teatros. — *Un duelo á muerte*. — *Simon Bocanegra*. — Opera y drama. — Derechos de propiedad. — Aniversario del nacimiento de Calderon de la Barca. — Nuevas producciones. — Noticias teatrales. — Libros y periódicos nuevos. — Obra de arte. — Decoracion del Senado. — Cuadros de mérito. — La reina de España y un pianista pobre.

Ayer como quien dice ha terminado un año, y hoy cuando todavía duran las emociones de los regalos recibidos en año nuevo, cuando todavía se escucha el eco de las felicitaciones con que segun costumbre se saludan los que tienen la suerte de verse en los primeros dias de enero, tengo ya que escribir la historia de un mes, que ha terminado tambien.

Si yo fuera filósofo en vez de ser cronista, aprovecharia esta ocasion para disertar largamente sobre la brevedad de la vida; diria como algunos pensadores, que la conclusion de las cosas es su principio, y lo que es más, lo probaria; y para completar el friste cuadro de mis meditaciones, pondria en relieve los continuos ejemplos que nos ofrece el mundo de la lucha tenaz que sostienen los hombres con el tiempo, y que se llama en el lenguaje de los poetas ilusiones y realidades.

Pero si hiciera esto, las amables lectoras del *Correo de Ultramar* me guardarían como oro en paño para los dias contemplativos de la cuaresma, y pedirían otro cronista que buscando sus impresiones en el lado alegre de la vida, supiera reunir para ellas en un solo grupo todas las dichas, todas las satisfacciones que ofrece el mundo.

Los lectores por su parte, ansiosos de saber noticias literarias y teatrales, ansiosos de conocer el movimiento intelectual de España para juzgar ellos por su propia cuenta el adelanto ó el atraso, la actividad ó la calma; y al mismo tiempo muy poco aficionados á las disertaciones de una filosofía misántropa, no solo volverían la hoja sino que ni tampoco me guardarían para los dias de la contemplacion.

El mundo, como todas las cosas, es bueno y malo, y aparece peor ó mejor segun el lado por que se le mira.

El cronista debe sorprenderle en sus momentos de buen humor, en sus impulsos de entusiasmo. Como la mariposa, debe volar de flor en flor escogiendo siempre las mas bellas, la que mas dulce miel puedan ofrecerle.

Cantor errante á quien el público llama solo para divertir sus tristezas, para entretener sus horas de ocio ó de fastidio, siempre debe tener dispuestas canciones agradables, siempre debe fijarse en los asuntos que por sus atractivos puedan satisfacer á los que mas dichosos que él, pueden ser dueños de su voz y hacerla resonar á su capricho.

Cuando al buscar lo alegre se encuentre con lo triste, lo friste para él... lo alegre para sus lectores.

Si conozco mis deberes, ¿cómo faltaré á ellos deseando complacerlos?

A un lado las meditaciones que inspira un año que concluye y un año que comienza... á un lado los recuerdos... plaza á lo nuevo. Un mes ha concluido, y me pedís la historia de ese mes: hela aquí.

El día primero de año, llamó á las puertas del mundo un niño hermoso, juguete como todos, alegre como la primavera, revoltoso como la diplomacia.

Traía en su cabeza un kepis, sobre sus hombros dos charreteras, de su cintura pendía un sable de caballería, y llegaba montado en una caña que hacia para él las veces de caballo.

— ¿Quién eres, niño? le preguntó el Tiempo; y con una sonrisa picaresca le respondió el rapaz:

— Soy el año 1864, y me llamo Marte.

Estas palabras, que se escucharon en Madrid del mismo modo que en todas partes, hicieron suspirar á los banqueros, mientras que daban media vuelta á la llave de sus cofres de hierro.

Con estos precedentes empezó el año; pero ¿creeis que por esto ha dejado de reinar la alegría?

La gente de hoy sabe vivir y se hace superior á sus temores.

— Un grito ahoga un suspiro; gritemos, se dice todo el mundo; y los salones se abren, y la música suena, y la juventud baila, y la vejez juega al tresillo, y la belleza luce sus galas, y la fealdad murmura.

Los teatros llaman al público, ofreciéndole novedades; las prensas lanzan libros; los pintores embellecen los museos y los palacios, y mas frecuentemente las paredes de sus modestas cosas; los escaparates de los bazares acechan á la vanidad, al lujo, á la riqueza, las llaman con su voz de sirena, y el comercio continúa su triunfante marcha, y el rumor de las fiestas aturde y anima, y el tiempo pasa y todo va bien... menos lo que va mal.

El mes de enero en Madrid ha sido un mes lleno de acontecimientos.

Mi crónica de hoy no estará falta de noticias. En todas partes ha reinado la animacion; todos los ramos de las letras y de las artes han ofrecido productos; los teatros se han hecho interesantes con las producciones que han puesto en escena; los salones han repetido sus fiestas con una profusion y un lujo extraordinarios.

Madrid se anima, y si concluye el año como ha empezado, será la primera vez que se podrá citar con exactitud el célebre refrán que dice: «Año nuevo, vida nueva.»

Los salones, los teatros, la literatura, las artes: hé aquí los principales asuntos de que hoy tengo que hablaros.

Para empezar, como es debido, satisfaciendo la curiosidad de mis lectoras, me ocuparé primero de los salones.

La belleza es su reina, y á la belleza me dirijo.

Los salones que hasta ahora han abierto sus puertas á los afortunados habitantes del gran mundo de Madrid, son los de la duquesa de Medinaceli, los de los duques de Fernan Nuñez, los de los condes de Cleonard, los de las embajadas de Francia y de los Estados Unidos, los de la condesa de Velle, los del general Lara, y los de los señores de Weisweiler y de Osma.

Tambien han recibido á sus amigos el distinguido escultor señor Piquer y los señores de Cabanilles.

Estas fiestas, que algunas se han repetido dos y tres veces en el mes, han llenado la mayor parte de las noches de enero.

La duquesa de Medinaceli inauguró sus recepciones el día de Reyes, pero esta vez fueron niños los héroes de la fiesta.

Los hijos de los duques de Medinaceli debían al amor paternal un precioso nacimiento, y obsequiaron á sus amiguitos con un baile de trajes, para que al mismo tiempo gozasen de la vista del pintoresco espectáculo que ofrecían los personajes del poema de la Natividad del Hijo de Dios.

El baile empezó á las ocho y concluyó á las doce, se les sirvió un refresco donde abundaron los dulces en preciosas cajas, y llamó la atencion entre aquellos inocentes niños, uno que apenas tendría seis años, y que llevaba con mucha gracia y donosura un traje de abate francés de á principios del siglo.

La inauguracion de los salones del palacio de la plaza de las Cortes no pudo ser mas brillante.

En los últimos dias del mes volvieron á abrirse para los principales personajes de la aristocracia madrileña, y el baile duró hasta las tres de la mañana.

Cerrado el palacio de la condesa del Montijo, que aun llora la sensible pérdida de su querida hija la duquesa de Alba, están este año llamadas á ocupar el puesto que ocupaban en los anteriores las recepciones de la madre de la emperatriz de los franceses, las de los duques de Medinaceli.

Los de Fernan Nuñez recibieron el 18 en los salones del piso bajo de su casa.

Se bailó hasta las dos, y hubo un espléndido buffet. Entre los convidados se hallaban los ministros de la corona y todas las damas mas elegantes y aristocráticas de Madrid.

La condesa de Velle, terminado el luto de su esposo, ha vuelto á recibir á sus numerosos amigos. En la primera reunion hizo los honores su simpática hija la señora de Ceriola.

Los bailes de las embajadas tambien han sido brillantísimos, lo mismo que los de los señores de Osma y del banquero señor Weisweiler.

En casa de los condes Cleonard se representó, en su bonito teatro de *Sal si puedes*, la lindísima comedia la *Mujer de un artista*. Las actrices eran sus bellas hijas, y los concurrentes salieron muy complacidos de la funcion, y los actores recogieron una buena cosecha de aplausos.

Otras de las reuniones mas en boga son las del escultor señor Piquer, de quien los habitantes de la isla de Cuba no tardarán en conocer el talento artístico, porque muy en breve podrán admirar en Cárdenas una magnífica estatua de Cristóbal Colon, que acaba de modelar para ser colocada en la plaza de esta villa.

El señor Piquer, entusiasta por el arte dramático y actor de mucho mérito, ha construido en su casa un teatro, y cada quince dias ofrece á sus amigos una representacion escénica donde la música compite con el arte de Matilde Diez.

Una vez terminado por su mano el modelo de la estatua de Colon de que acabo de hablaros, convocó á sus amigos para que le vieran, y en esta reunion, á la que asistieron muchos de los mas distinguidos poetas, se leyeron en loor de su obra algunas composiciones, entre las que se hallaba la siguiente carta en verso, admirable por lo picante y chistosa, y de la que no quiero privar á mis lectores, seguro de que me agradecerán su reproducción.

CARTA DE UN MADRILEÑO A UN AMIGO SUYO RESIDENTE EN CÁRDENAS (ISLA DE CUBA), ADONDE VA DESTINADA LA ESTATUA DE COLON, ESCULPIDA POR PIQUER.

Mi mas estimado amigo:  
Te supongo bueno y sano;  
Por lo tanto voy al grano  
Y sin mas prólogos digo:  
¿En qué poblacion estás?  
¿Entre qué gentes habitas?  
¿Pero esas almas benditas  
Viven cien años atrás?  
Es cosa de hacerse cruces;  
¿Quién piensa en tales locuras?  
¿O quereis vivir á oscuras  
En el siglo de las luces?  
¿Quién en su arrogancia fatua  
De mostrar erudicion  
Va á acordarse hoy de Colon  
Para erigirle una estatua?  
Comprendo, y es decoroso,  
Que si abunda el numerario,  
Ese honrado vecindario  
Quiera echarla de rumboso;  
Y en bien del procomunal,  
Tomando á Madrid por norma,  
Proyete alguna reforma

En el órden material;  
Y que junte cien tesoros,  
Y á nadie pagar le duela,  
Para un teatro de zarzuela  
O alguna plaza de toros.  
Esa sería una hazaña  
Que os colocaba á la altura  
Del progreso y la cultura  
De la metrópoli España.  
Pero turbar, no es cuestion  
De gracejo, ni de zumba,  
El silencio de la tumba  
En que descansa Colon,  
Es audacia que podría  
Suscitar dificultades  
Con tantas celebridades  
Como pululan hoy dia.  
Si cada cual, con razon,  
Pide estatua cuando muera,  
¿Dónde ha de hallarse cantera  
Para tanta ilustracion?  
Perdona si me incomodo,  
Mas yo la verdad contemplo;  
Aquí en Madrid, por ejemplo,  
Lo entendemos de otro modo.  
De tiempos mas ignorantes  
Modelo, en bronce vaciado,  
En una plaza, hácia el Prado,  
Tiene una estatua Cervantes.  
Otro loco, á quien en dote  
Guardó su patria hambre y llanto,  
Y erañun héroe de Lepanto,  
Y era el que abortó el *Quijote*.  
Nosotros, gente sencilla,  
Hemos dicho: ¿habrá habiecas?  
Pero Cervantes á secas  
No es de ornato de la villa.  
Destinémosle á otro fin  
Mas ameno y productivo;  
Puede servir de motivo  
Para un pequeño jardin.  
Así ganan los terrenos,  
Y dejándola algo atrás,  
El jardin será lo mas  
Y la estatua lo de menos;  
Y con un gusto que hechiza  
Le hemos formado una presa,  
Con un parterre á la inglesa  
Y una cabaña á la suiza.  
Todo menos español,  
Se encuentra en nacion extraña;  
Solo sabrá que es España  
Por el cielo y por el sol.  
Calculo que algun fanático,  
Que en ese Cárdenas viva,  
Al oír esta misiva  
Exclamará en tono enfático:  
«Basta de insípida chanza,  
Que solo ignorancia encierra;  
Quien honra al genio en la tierra  
Solo es digno de alabanza.  
Y al perpetuar su memoria,  
Que escrita en mármoles queda,  
Quien le engrandece, ese hereda  
Un reflejo de su gloria.  
América hará inmortal  
Al marino sin segundo;  
Aquí halló Colon un mundo,  
Y aquí está su pedestal.  
Y tú, España, á la que ufano  
Dió para mayor valia  
Esta region que dormía  
En mitad del Oceano,  
Tu ingratitud es baldon  
Del que nos hemos lavado;  
Y existe un pueblo ignorado,  
Que avergüenza á una nacion.»  
Si le has de desagruar  
Y ya tu olvido condenas,  
Del hierro de sus cadenas  
Puedes su efigie labrar.  
En este oscuro rincon  
Si grande en la lid te vemos,  
Somos mas grandes, diremos,  
Con la estatua de Colon.  
Y nos hará un beneficio  
Quien al fin nos meta en gana,  
Tal vez se piense... mañana  
Que aquí es el dia del juicio.  
No es la ventaja menor  
Tener en la corte á mano  
Al artista valenciano  
Que ha sido vuestro escultor.  
Dió noble cima á su empresa,  
Hizo un asombro del arte;  
Pero no quiero quitarte

El placer de la sorpresa.  
Por tus ojos has de ver  
Que su genio es cosa clara;  
Si Colon resucitara  
Diera un abrazo á Piquer.  
Guardad bien esa escultura,  
Que lleva un poema en sí,  
Mas no la hagais como aquí  
Cuestion de floricultura.  
Con que adios, amigo y dueño,  
Saluda á los cardenenses,  
Y aunque no escriba, no pienses  
Que te olvida el madrileño.

Esta composicion del festivo poeta Rafael García y Santisteban, llena de alusiones y escrita con gran ingenio, fué muy aplaudida. Además leyeron poesías al mismo objeto las señoras Sinues de Marco, Ferran, Angela Grassi, y los señores Sanchez Fuentes, Güell y Renté (don Juan), Segovia, García Pedrosa y otros.

Uno de los próximos días se estrenará en el teatro del distinguido escultor un proverbio que se ha escrito expresamente para él, con el título de *Para dos perdices dos*.

Ya que he empezado á hablaros de teatros, abandonemos los particulares para dirigirnos á los públicos.

El gran acontecimiento dramático siempre en boga es el último drama del inspirado autor del *Trovador*, de García Gutierrez.

Un duelo á muerte, que así se titula esta produccion, ha sido para el poeta una nueva y legítima ovacion. Está imitado del drama *Emilia Galotti*, escrito por el poeta alemán Lessing, pero puede decirse que es original en vista de las notables modificaciones que ha introducido su autor en el asunto y del colorido que ha dado á los caracteres de los personajes.

El argumento del drama es muy sencillo. Cosme II de Médicis, cansado de los amores de Alina, siente una poderosa pasion por Emilia Ricci, noble jóven que debe ser muy pronto esposa de Conti (pintor). Marinelli, cortesano astuto que odia, envidia y teme á Conti, procura desarrollar con su infernal astucia los deseos de su amo y señor, hasta preparar la catástrofe, que termina con la muerte de Emilia dada por su propio amante.

La gran belleza artística de esta obra consiste en los innumerables detalles que en ella abundan.

El primer acto es algo monótono, pero en cambio el segundo es de un gran efecto.

Hay en él una bellísima escena en la que Conti refiere al hermano de Emilia que la conoció sentada junto al lecho de un hospital, apasion que le inspiró su cuadro *la Caridad*, y que despertó en su alma el entrañable amor que la profesaba. Tambien es preciosísima la descripción del origen del amor de Conti á Emilia, y para que tengan nuestros lectores una idea del drama, voy á copiarla á continuacion.

Emilia refiere de este modo su secreto á su amante:

Bajaban al mar bravío  
Cien naves, la vela hinchada:  
Parecia... una bandada  
De los ánades del río.  
Mas súbito, aquel reposo  
Trocando en ira violenta,  
Resonó de la tormenta  
El rugido pavoroso;  
Y vuelto de su desmayo  
Aquel cielo, antes sereno,  
Habló con la voz del trueno:  
Se iluminó con el rayo.  
Llamó luego mi atencion  
Con espanto, una barquilla,  
Que distante de la orilla  
Vagaba sin direccion.  
Seco grito de amargura  
Partió de su espacio estrecho:  
¡Era una madre que al pecho  
Llevaba una criatura!  
Pronto en las entrañas hondas  
Del río, se sumergió  
La nave, y solo se vió  
A la madre, entre las ondas.  
Desalentada, la frente  
Sinistra, el cabello suelto,  
Arrollada en el revuelto  
Empuje de la corriente.  
Todo era allí angustia y llanto.  
«¡Favor ¡Socorro!» exclamaban  
Todos: mas todos temblaban  
Sobrecogidos de espanto.  
— Uno solo no tembló.  
¿A qué pronunciar su nombre  
Baste decirte que un hombre  
A salvarla se arrojó.  
¡Y las aguas le envolvieron  
En sus olas palpitantes!...  
¡Estos horribles instantes  
Siglos para todos fueron!  
A aquella noble ansiedad  
Nada excede; nada iguala.

«¡Y hay quien nos dice que es mala  
Nuestra pobre humanidad!»  
Ruegos, votos y oraciones  
Le seguian: de repente,  
Un «ahí está» brotó ardiente  
De todos los corazones.  
Y allí estaba, hecho pedazos,  
Lívido con la agonía;  
Mas ¿qué importa, si traía  
Dos seres entre sus brazos?»

De buena gana citaria otros fragmentos no menos bellos que el anterior; pero si así lo hiciera ocuparia con el exámen de esta obra todo el espacio de esta crónica.

Sin embargo, no puedo menos de hacer mención de otra escena del mismo acto.

Alina, que ha espiado al duque presenciando en la iglesia del Bautista cómo este suspira y requiere de amores á Emilia, sin respeto á lo sagrado del sitio, llega celosa ante Emilia, creyendo que admite los obsequios y atenciones de su ilustre galán. Esta escena entre la mujer olvidada de su deber, pero buena en el fondo, y la doncella casta y á la par altiva, es la mas bella del drama.

El acto tercero pasa en una quinta del duque. Marinelli ha logrado con su perfidia perder á los esposos haciendo dudar á Conti de la virtud de Emilia, y excitando los deseos impuros de su señor que llega al colmo de su pasion.

Entonces Emilia, encerrada en el palacio de su soberano que está dispuesto á sacrificarla, al verse sola con su amante prefiere la muerte á la deshonra, y pide á Conti que la quite la vida que habia consagrado á su amor.

Conti lo hace en uno de esos esfuerzos sobrenaturales del hombre, y el drama acaba conmoviendo y admirando al público.

La ejecucion de la obra ha sido muy feliz, sobre todo por parte de Teodora Lamadrid.

Tanto por su última composicion como por la coincidencia de haberse ejecutado al mismo tiempo en el Teatro Real la ópera de Verdi *Simon Bocanegra*, cuyo asunto está tomado del drama del mismo título de García Gutierrez, los laureles de este célebre poeta se han reverdecido, y puede decirse que ha vuelto á estar en boga.

Nada mas justo.

En cuanto á la ópera de Verdi puedo asegurar que es digna del autor de *Luisa Miller*, y que su ejecucion ha sido afortunadísima.

El poema ha sido arreglado por Picone, y el asunto de la ópera es el siguiente:

La escena pasa en Génova y sus cercanías, en la primera mitad del siglo XIV. En el prólogo figuran: Simon Bocanegra, corsario al servicio de Génova; Jacobo Fiesco, noble genovés; Pablo Albiani, tirador de oro; y Pietro, marinero. En las escenas del prólogo conspiran los plebeyos para elevar á Simon Bocanegra á la dignidad de Dux. Pero este se muestra insensible á semejante honor, por la pérdida de María Fiesco, que habia fallecido, dejando una niña cuyo paradero se ignoraba. Nombrado Dux Simon Bocanegra, descubre á su hija, la cual amaba á Gabriel Adorno, caballero ligurio genovés. Este y Pablo, favorito del Dux, se disputan la mano de Amelia, bajo cuyo nombre se ocultaba la hija de Simon. Ignorando Gabriel que fuese Amelia hija del último, atenta por celos contra la vida del anciano. Pablo á su vez roba á la jóven, la cual se salva y descubre á su padre el autor del atentado. El Dux le manda entonces renunciar á María y le destierra; pero este, para vengarse, le envenena; y el Dux, que habia dado á Gabriel su hija por esposa, muere cuando esta vuelve del templo unida á Gabriel.

Al mismo tiempo que la ópera, ha vuelto á ponerse en escena el drama del señor García Gutierrez. Delgado y Calvo han merecido unánimes aplausos en su ejecucion.

El poeta ha pedido al empresario del Teatro Real los derechos que como autor del *Trovador* y del *Simon Bocanegra* le pertenecen, y el señor Bagier respetando tan justos derechos, le ha entregado ocho mil reales porque permita la representacion de las citadas obras.

Esta reparacion es digna de elogio, y los que quieren que la propiedad literaria sea respetada, pueden darse el parabien.

El teatro del Príncipe ha solemnizado el aniversario del nacimiento del inmortal Calderon de la Barca.

Se representó una loa del señor Hartzbusch titulada *Derechos póstumos*, que agradó poco por ser su asunto mas propio de un discurso que de una obra dramática; leyeron composiciones al insigne poeta, García Gutierrez, Fernandez y Gonzalez, Marco y otros varios; y á la loa y á las composiciones siguió la representacion de la comedia *Bien vengas mal si vienes solo*, del inmortal autor de *la Vida es Sueño*, y refundida por el señor Dacarrete.

La funcion fué en extremo agradable, y bueno es que las generaciones rindan el debido homenaje á los hombres ilustres anteriores á ellas.

En el teatro de Variedades ha dado muy buenas entradas el drama arreglado del francés con el título de *la Aldea de San Lorenzo*. Interesa y conmueve, cualidades bastantes para alcanzar el favor del público.

Con este drama se ha puesto en escena una comedia titulada *Una heroína... de Capellanes*, cuadro tristísimo de la vida airada de esas mujeres sin hogar que apuran la vida en un solo día, y viven muriendo el resto de sus años.

Tambien se han estrenado en el mismo coliseo la Vi-

da prosáica, arreglo de la comedia de Feuillet *le Village*, y la comedia en un acto *Aventuras de un abogado*, que murió pocos momentos despues de haber nacido.

En los teatros de zarzuela se nota tambien mucho movimiento. En el de la calle de Jovellanos se ensayan la *Marta de Flotow*, un arreglo de la *Huérfana de Bruselas*, los *Pecados capitales* de Frontaura, y otra de Ventura de la Vega.

La empresa del teatro del Circo ha pasado á mejor vida con una santa resignacion. La última obra que ha puesto en escena se titulaba *Lo que está de Dios...*

La empresa ha sabido conformarse.

Para terminar las noticias teatrales, os diré: que se espera á Ossorio, quien formará una compañía en uno de los teatros de la córte despues de Carnaval; que Marco, el autor del *Sol de invierno*, está escribiendo otra comedia titulada *Flores y abrojos*; que para ganar una apuesta el poeta don José María Diaz ha debido leer hoy á la empresa del Príncipe una tragedia, *Gemma di Ver-gy*, escrita en todo el mes de enero; que en el mismo teatro se ha presentado una comedia con el título de *La peor cuña...*; que el escritor dramático señor Ayala se ha retirado á Valencia para escribir un drama; y por último, que la compañía de ópera italiana continuará, segun se dice, dejándonos oír su deliciosa música hasta fines de mayo.

Pasemos del teatro á los libros. La Biblioteca nacional ha adjudicado su premio anual á don Mariano Aguiló, autor de un libro titulado *Biblioteca catalana*, y ha comprado al señor Ovilo y Otero su *Diccionario bibliográfico del siglo XIX*.

La poesía ha producido un *Cancionero de la Guerra de Africa*, debido al señor don Eduardo Bustillo, y muy notable tanto por sus inspirados versos, como por sus bellezas tipográficas.

Con el título de *la Soledad*, ha publicado tambien el jóven poeta don Augusto Ferran una coleccion de cantares populares originales, que se distinguen por sus pensamientos, al mismo tiempo que por su sencillez y precision.

De una y otra obra me ocuparé detenidamente en mi próxima crónica.

Entre las nuevas novelas que han visto la luz, puedo citar las tituladas *Pedro el Temerario*, *el Carabiniero* y *la Enamorada*, precioso idilio como todos los de Trueba.

La *novela científica* que comienza á tener mucha aceptación, tendrá tambien dentro de poco algunos ensayos que ofrecer á sus lectores.

El señor Amador de los Rios trabaja con mucha actividad en su *Historia de la villa y córte de Madrid*; se ha publicado una notable *Descripción del reino de Granada bajo la dominacion de los Nasiritas*. Con el título de *Pensamientos de Campoamor*, ha tenido un escritor la feliz idea de extraer y ordenar por órden alfabético los pensamientos mas notables esparcidos en las obras del señor Campoamor, llenas de rasgos tan originales como ingeniosos y filosóficos; ha comenzado á ver la luz un *Florilegio de cuentos*, á imitacion de los que aparecen en Alemania para instruir agradablemente á las masas populares; y se anuncia *la Vida del general Torrijos*, escrita por su esposa.

Con añadir á lo que llevo dicho, que han empezado á aparecer los semanarios *la Educanda*, *la Familia*, y que próximamente saldrá á luz *la Nueva Caprichosa*, periódico de modas, concluiré de noticiaros las novedades literarias del mes.

Todavía me queda otra noticia. El apreciable pintor de cámara don Francisco de Paula Van-Halen ha dado cima á su obra histórica, artística y pintoresca, destinada á representar y describir desde los tiempos primitivos hasta el día, los trajes, costumbres civiles, religiosas, militares y domésticas, usos y cuanto concierne á la vida social de todos los pueblos y épocas, en cuya obra ha reunido todos los dispersos pensamientos que tenia ya comenzados. Publicará esta obra, dándola principio dentro de pocas semanas con el título de *Panorama universal*, y la dedicará á S. A. R. el serenísimo señor príncipe de Asturias.

El gobierno se propone dispensar á las artes su proteccion. El salon de sesiones del Senado va á recibir nuevas é importantes mejoras, para lo cual se construirán estatuas y se pintarán lienzos que representen hechos y figuras notables de nuestra historia. En unas y otros camparán los Reyes Católicos, el Cid, el Gran Capitan, Cisneros, y el audaz navegante de Asia Elcalzo, como símbolo de la monarquía castellana y de la edad primera; y Trajano, Wamba, San Hermenegildo, Pelayo, Alfonso y algunos de nuestros pasados reyes de la edad media; y como contemporáneos nuestros, Castaños, Alvarez Pallefo, Gravina, y Daoiz y Velarde.

Excusado es decir que con este motivo están nuestros artistas de enhorabuena.

El Museo de pinturas de Madrid se ha enriquecido con una coleccion de cuadros de gran mérito, entre los que figuran: *Nuestro Señor curando á un ciego*, cuadro original de Gregorio Lazzarini, *un retrato*, original de Pablo el Veronés, *la Virgen con el Niño*, original de Palma el Viejo, y una *Magdalena*, sobre cobre.

Para concluir mi crónica de hoy, os referiré un acto de nuestra magnánima reina.

Un jóven pianista tocó en la régia cámara hace muy pocos días.

Era pobre, su talento privilegiado, y ejecutó una de sus composiciones con verdadera inspiracion.

Informada S. M. de su suerte, no solo le ha concedido una pensión, sino que en muestra de su real aprecio, le ha regalado una preciosa botonadura de perlas y diamantes.



Ruinas del convento de Santa Agata.

Monti Alatrino (avanzadas piemontesas).

Torre Orlando (avanzadas napolitanas).

EL BOMBARDEO DE GAETA. Ciudadela.

Catedral San Pancracio.

Linterna

Estos rasgos hacen por sí el elogio de los soberanos que los ponen en práctica.

El carnaval está á las puertas y la animacion se aumenta. Vuestro cronista no olvidará que le esperais, porque este es su mayor galardón

JUAN DE MADRID.

31 de enero de 1861.

**Casa del general Bonaparte en Paris.**

En el momento en que á consecuencia de tantas obras Paris se transforma completamente, no nos parece inoportuno decir dos palabras sobre esta casa histórica que perteneció al primer cónsul, y que se hallaba situada en la calle de la Victoire, n° 60.

Este edificio fué construido por el célebre Ledoux para el marqués de Condorcet. Después del fin infortunado de este último, su viuda, Sofia de Grouchy, le vendió al actor Talma, quien dió en él una fiesta que hizo mucho ruido en 1792, al regreso del general Dumourier, concluida la campaña del Argonne. A fines de 1795 madama de Beauharnais le compró por 150,000 francos, y le llevó en dote al general Bonaparte; juntos le habitaron de 1796 á 1800.

En esta casa se preparó el golpe de Estado del 18 brumario año VIII.

Después de los sucesos de 1830 le alquiló el general Bertran; pero al fin fué dado á madama Lefevre-Desnouettes, viuda del general de este nombre, quien le vendió á M. Gouby, y este destruyó las construcciones y levantó casas en el jardín.

**Revista de Paris.**

Los bailes de máscaras de la Opera han estado tan concurridos como de costumbre durante el carnaval. Estos bailes que fueron frecuentados en los tiempos de su creacion por las personas mas escogidas de la sociedad parisiense, han ido decayendo hasta el punto de que ninguna señora de la buena sociedad se atreveria á decir que ha visto uno de ellos. Y sin embargo, la curiosidad de estas mismas señoras con respecto á esos famosos bailes no se apaga nunca, y todos los años muchas curiosas acuden en secreto á contemplar el cuadro estrambótico que forman esas cabezas tumultuosas, donde siempre están seguras de encontrar á muchos amigos y conocidos, pues los parisienses de todas las clases de la sociedad son muy aficionados á esta fiesta.

Noches pasadas se hablaba de esta curiosidad en una reunion de personas intimas, y una señora confesaba cómo se habia gobernado para asistir al baile de la Opera, recomendando el expediente á todas sus amigas que se hallen en un caso idéntico.

Advertimos que esta señora es casada, y que su marido es mas aficionado á pasar las noches en su club que en las reuniones del gran mundo.

El último sábado el marido habia preguntado á su esposa con mucha cortesía:

— ¿Tenemos hoy algun baile ó soiréé adonde pueda llevarte?



PABELLON DE LA CASA BONAPARTE.



CASA DEL GENERAL BONAPARTE EN PARIS.

— No, amigo mio, estás libre.  
 — Pues entonces, voy á salir.  
 — ¿Y dónde vas?  
 — Al círculo, ya lo sabes.

Muchas veces al dia se debè de oír esta respuesta en el hogar doméstico de los parisienses. El sugeto en cuestion, rico capitalista retirado hace un par de años de los negocios, tiene como otros muchos maridos la costumbre de pasar las tardes y las noches en el círculo, donde suele permanecer hasta muy tarde bajo el pretexto del juego.

En la noche del sábado á que nos referimos, entraba en su casa á eso de las tres, y á fin de no turbar el sueño de su esposa, marchaba á paso de lobo por su aposento contiguo al de su señora.

Cansado de haber velado tantas horas se proponia dormir toda la mañana del domingo, cuando á eso de las seis vino á despertarle sobresaltado el ruido que oyó en el cuarto de su cara mitad. Era una cosa extraña; ella como buena parisiense no era madrugadora; debia pasar algo de extraordinario; quizá estaba indispueta; en fin, el solícito marido acudió á enterarse de lo que pasaba.

Grande fué su sorpresa cuando vió á su mujer cubierta con un elegante dominó azul y en la mano una careta.

— ¡Matilde! ¿qué significa eso? exclamó con aire iracundo; ¿de dónde vienes?

— Ya puedes pensarlo; vengo de las máscaras.

— Sí, pero ¿de dónde?

— De la Opera.

— ¿De la Opera? ¿Tú, en la Opera? Sin decírmelo; es imposible.

— Es la pura verdad; y además, te he prevenido á tí.

— ¿A mí? ¿Cuándo?

— Anoche.

— ¡Estás loca! A mí no me has dicho nada.

— Sí, señor. Te he pedido permiso, y he debido creer que me le habias acordado.

— Basta de chanzas, Matilde; exijo una explicacion formal y sin rodeos.

— ¿Y si soy yo la que exige explicaciones, caballero? Ayer noche me dijo Vd. que se iba á su círculo; ¿no es verdad?

— Sí, señora.

— Está bien. Poco rato después llegaron mi hermana y su marido y me dijeron si queria ir con ellos al baile de la Opera. Yo respondí que no tenia inconveniente si tú lo permitias, y te escribí una carta que mandé entregar al portero del círculo para incomodarte lo menos posible en el juego; sin duda estabas jugando ¿no es verdad?

— Es claro.

— Pues te escribia que no me respondieras si me dabas el permiso para ir al baile; que tomara tu silencio por una señal de aprobacion, y que podias venir á buscarme al palco que te indicaba.

— ¡Ah! ¿con que me has escrito?

— Sí por cierto; y como no sabes nada, deduzco de ello que no has puesto los piés en el círculo en toda la noche, pues de otro modo el portero te habria entregado mi esquelita.

— Matilde, te aseguro...

— ¡Oh! Es inútil, no mientas mas; lo siento por tí, pues me propongo tener á menudo caprichos como el de anoche.

Y Matilde se retiró dejando á su marido avergonzado y confuso.

A cosas por este estilo se reducen en el dia los grandes jances del carnaval de Paris, el mas triste y monótono de todos los del mundo. Sin embargo, no ha sido siempre así, y justamente ha venido á

nuestras manos un libro anecdótico sobre las tradiciones del teatro de la Grande Opera, escrito por M. Ch. de Boigne, donde hallamos la relacion de un chasco de carnaval, que aunque de fecha atrasada, vamos á señalar aqui en la ausencia de cosas mas recientes.

La broma ocupa en el libro de M. de Boigne un largo capítulo, que extractamos con la mayor brevedad posible.

Habia en Paris por los años de 1836 cinco amigos que se proponian dar un solemne chasco á M. Duponchel que se hallaba entonces á la cabeza de la direccion de la Grande Opera. Tres de ellos han muerto ya, y los dos restantes ocupan actualmente una posicion elevada, el uno en el gobierno y el otro en la república de las letras.

Estos señores idearon pues repartir en la capital un número infinito de esquelas convidando al entierro de M. Duponchel, y tomaron las medidas convenientes para que se celebrara este entierro.

El patio del edificio de la Opera se hallaba todo tendido de negro, y en medio habia un gran catafalco.

De repente llega M. Duponchel, y uno de los sepultureros le pregunta:

— ¿Tendria Vd. la bondad de decirnos dónde está el cuerpo?

— ¿Qué cuerpo?

— El de M. Duponchel.

— ¡El cuerpo de M. Duponchel! exclama nuestro hombre estupefacto.

— Si, del difunto.

— ¡Yo, difunto!

— Usted no, sino M. Duponchel.

— ¿Y quién es M. Duponchel sino yo?

— ¡Usted!

— Seguramente.

— ¿El director de la Opera?

— El mismo.

— Entonces, dispóngase Vd., pues traemos encargo de enterrarle.

— ¿Enterrarme á mí? No estaria malo.

Los sepultureros querian cumplir con su deber y se enfadaban.

M. Duponchel se reia como un loco de lo que juzgaba era un engaño, cuando vió llegar á muchos de los convidados vestidos de luto rigoroso.

Al verle todos prorumpieron en un grito unánime de asombro.

— ¡Cómo! ¿No se ha muerto Vd.?

— Pues entonces, ¿qué significan estas esquelas?

— Queremos asistir al entierro.

Y entre tanto se habia llenado aquello de gente obsequiosa que acudia á pagar el último tributo á la amistad del director de la Opera. Sin embargo, muy luego hubieron de comprender que era una broma, y trataron de sacar partido de ella.

M. Duponchel era el que mas se reia; iba y venia de uno á otro repartiendo apretones de manos á mas y mejor, y aquel día que debia terminarse en el cementerio, se pasó alegremente en una fonda.

Solo habia unos cuantos hombres de mal humor, que en realidad habian perdido el día.

Los autores del chasco habian tenido cuidado de pagarles de antemano, pero no tuvieron presente la propina, apéndice indispensable en toda cuenta con los parisienses, sin el cual apenas consienten en que les paguen.

Los sepultureros corrieron á buscar al muerto vivo.

— ¿Me quieren Vds. dejar en paz? les dijo este.

— No hay mas remedio, respondió el capataz; pero tenemos que decir á Vd. una cosa.

— ¿Cuál es?

— Que nos han engañado.

— ¿Y qué culpa tengo yo?

— Ninguna, ya lo vemos; pero compadézcase Vd. de nuestra posicion; somos padres de familia.

— ¡Qué diantre! Un muerto mas ó menos no les ha de sacar á Vds. de la pobreza.

— No se trata del muerto, caballero, se trata de la propina.

— ¡La propina! Váyanse Vds. á pasear.

— ¡Oh! Sea Vd. humano; nosotros no vivimos mas que de...

— De la muerte del prójimo... Yo no me he muerto, y por consiguiente no debo nada.

— ¡Ah! Tarde ó temprano caerá Vd. en nuestro poder.... nadie se nos escapa; sea Vd. bueno en vida, y nosotros sabremos corresponder á la fineza.

— En fin, todo esto quiere decir que he de pagar por adelantado. Corriente: seré el único que lo haya hecho. ¿Cuánto debo? No extrañarán Vds. que no lo sepa.

— Es segun; depende de la generosidad de los vivos y de la categoria del difunto.

— ¿Cuántos son Vds.?

— Cuatro; pero yo valgo por dos, pues soy el capataz.

— Corriente: hé ahí treinta francos para ir á la taberna... buen provecho, y sobre todo, cuidado con volver por aquí hasta dentro de muchos años.

La broma fué muy celebrada y divirtió mucho á la capital, segun dice M. de Boigne, en aquellos dias; sin duda los parisienses de 1836 comprendian de otra manera el carnaval que los del tiempo presente.

Ea esta semana se han expuesto en el palacio de la Industria de los Campos Eliseos los proyectos que han sido presentados para la construccion del gran teatro de la Opera de que hemos hablado ya á nuestros lectores. El concurso comprende nada menos que ciento setenta proyectos, de los cuales la mayor parte se eliminan por sí mismos, pues representan los edificios mas quiméricos y extravagantes. Regularmente son imitaciones descabelladas, como palacios de cristal, alhambbras y pagodas indias. Hay copias tambien de todos los teatros célebres del mundo; hay templos griegos, iglesias góticas, cárceles, castillos feudales; en suma, hay de todo cuanto

se puede imaginar en arquitectura, excepto un teatro de una forma nueva.

Sin embargo, en este cúmulo de extravagancias arquitectónicas con pretensiones de ser teatros, el público distingue varios números, como el 34, que tiene, á juicio de los inteligentes, probabilidades de ser aceptado por el gobierno. El estilo es de principios del renacimiento. Si en efecto obtiene la aprobacion, le describiremos detalladamente.

MARIANO URRABIETA.

### ¡Adios!

¡Oh! mil veces pensando en este instante  
De precisa y final separacion,  
En lágrimas bañóse mi semblante  
Y asustado tembló mi corazón.

Hoy llega al fin, — ¡al fin nos separamos!  
Del mundo abierto que me llama á sí  
Bajo la puerta juntos aun estamos:  
¡Por vez postrera te contemplo á tí!

¿Nunca á vernos ni á hablarnos volveremos?  
¡Otra vez! ¡un instante y nada mas!  
¡Ah! en el seno de Dios nos uniremos,  
Y para siempre, — ¡mas aquí jamás!

¡Dulces horas pasadas á tu lado  
En que tu ser mi alma fecundó,  
En que fuí comprendido, adivinado,  
Amado casi... todo se acabó!

¿Quién me podrá volver lo que en tí pierdo?  
¿En mí tu falta quién suplir podrá?  
¡Cuando ni sé si tu fatal recuerdo  
De hoy mas mi alivio ó torcedor será!

¡Ah! solo sé que el bien porque yo clamo  
Bajo mi mano nunca yo tendré;  
Que no amé nunca como á tí te amo,  
Y que nunca sufrí cual sufriré!

Diez años ha... cuando mi solo amigo  
Dejó sobre la tierra de existir,  
La esperanza llevándose consigo,  
Dejándome la nada en porvenir...

Yo, pequeñuelo entonces aun me hallaba,  
Sin cicatrices nuevo el corazón,  
Y entre mi alma apenas clareaba  
La odiosa luz de mi fatal razón.

Y aquel precioso amigo que perdía,  
Su virtud, su talento, su bondad,  
Ni en todo su valor yo conocía,  
Ni la inmensa extension de mi orfandad

Y mi dolor empero fué locura  
Que en su grandeza á mí me sorprendió;  
Aun hoy del golpe la impresion me dura,  
E irá conmigo mientras viva yo.

Y hora que no soy niño y que soy hombre,  
Hora que sé lo que es el mal y el bien,  
Cuando de amor entiendo el dulce nombre...  
Es fuerza darte adios á tí tambien.

¡A tí que amo, á tí que sé quién eres,  
Que entera te has comunicado á mí,  
Excepcion entre todas las mujeres...  
¡A tí, Delina, adios tambien á tí!

¡Adios á tí! Cuando esta negra idea  
Esté cumplida en su indecible horror;  
Cuando en el cielo oscurecerse vea  
El luminar de mi primer amor,

Y en su lugar escrito quede: ¡Nunca!  
Y me envuelva la noche y soledad;  
Y sienta mi alma su existencia trunca  
Sin tí, Delina, su mejor mitad...

— ¡Cuál será de esa vida el solo día  
Que ya pueda alegrar mi corazón,  
Sino aquel en que cese mi agonía,  
Y á Dios devuelva su funesto don!

Y cuando tú, quizás en otros brazos,  
Sin dolor, sin pesar, sin inquietud,  
Amante, amada, envuelta en róseos lazos,  
Y en pleno sol y en plena juventud;

Oigas de muerte un caso desdichado,  
Y una campana fúnebre gemir,  
Y oigas un nombre... — el nombre ya olvidado  
Que dabas al que acabe de morir... —

¡Oh! Dame entonces un recuerdo amigo,  
El que se otorga á todo el que no es mas,  
El que se otorga á extraño y á enemigo,  
Y que negara solo Satanás.

Los años volarán sobre mi huesa,  
Y en ella por centurias dormiré;  
Y al fin se cumplirá la gran promesa,  
Y ante mi Juez con los demás vendré.

Mas yo la humana inmensa muchedumbre  
Cortando aprisa, solo iré á buscar  
La faz mejor, los ojos de mas lumbre,  
El ser mas bello y mas capaz de amar.

Y cuando ya la hubiere al fin hallado,  
Juntos saldremos hácia el Juez los dos;  
Y ante el concursó mudo y asombrado  
Así diré resueltamente á Dios:

«Esta mujer á mí me pertenece;  
Es la mujer que amó mi juventud;  
Ya estoy juzgado: todo lo merece  
Quien tanto amó; mi amor es mi virtud.

»No pido mas: mi cielo solo es ella:  
¡El que se atreva véngala á pedir!  
Delina es esta... sí... la sola estrella  
Que alumbrará mi eterno porvenir.»

Así diré: y oirás lo que has oido  
Ante los hombres y ángeles y Dios.  
Ahora mi amor, si puedes, da al olvido:  
Guárdame el tuyo para entonces: ¡adios!

### Desaliento.

Acabaron mis sueños de gloria,  
Acabaron mis sueños de amor:  
Resta solo su triste memoria,  
Y mi mente perdió su esplendor.

Al salir de mi tímida infancia  
A encontrar mi primer juventud,  
¡Cuál corría con tierna ignorancia  
A embriagarme de amor y virtud!

¡Y ese amor que buscaba es mentira!  
¡La virtud una amarga irrisión!  
¡Los suspiros que daba mi lira  
No movieron ningun corazón!

Dulces sueños de amor y de gloria,  
Si es posible olvidar cuanto fué,  
¡Ah! cerrad de mi vida la historia  
Cual se abrió, con virtud y con fe.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

### Era cristiana.

Caracas, diciembre 31 de 1859.

Al Ilmo. señor don Mariano Fortique, antiguo obispo de Guayana, en testimonio de mi reverente adhesión á sus virtudes apostólicas.

«El pueblo que anda en tinieblas verá una gran luz; amanecerá el día para los que moran en la sombría region de la muerte.» — ISAIAS.

La humanidad, cayendo hoy y levantándose mañana, camina á realizar sus destinos sobre la tierra. Creo, y creo con fe viva, que así como es una la familia humana, una será al fin su lengua, uno su dogma, una su ley social. Si es una herejía la libertad demagógica, infierno de los pueblos; si es una blasfemia la igualdad democrática, tormento de la justicia; es una promesa bíblica la fraternidad del género humano, santuario del porvenir de las naciones.

¿Quién niega á la criatura la libertad? ¿quién niega á la criatura el derecho que le otorga Dios para que en el libre ejercicio de sus nobilísimas facultades labre, cuando menos, su propia dicha, labre, cuando mas, la dicha de sus semejantes? En el libre ejercicio de sus facultades personales, usa de su derecho legítimo el hombre fuerte al tender la mano al débil, como usa de su derecho no menos legítimo el sabio que enseña al ignorante, como usa de su derecho no menos legítimo el cristiano que arranca del borde de un precipicio al insensato resuelto á despeñarse al abismo. Turbar al hombre en el santo ejercicio de sus propias fuerzas, empleadas en su propia gloria, primera necesidad de su naturaleza, es una tiranía brutal. Turbarle en el ejercicio de esas mismas fuerzas en provecho de sus semejantes, es un agravio contra la sociedad y una blasfemia contra Dios. Si es un pecado grave ahogar la aspiracion al bien dentro

del círculo personal, es un pecado gravísimo comprimir la aspiración al bien dentro de más amplia esfera. Es tanto más dura la esclavitud, cuanto más se siente la compresión. Si el hombre debe ser libre para hacer el bien en toda la extensión de sus nobles facultades, *para el mal no existe la libertad*. Como son desiguales naturalmente las fuerzas, desigual será naturalmente el ejercicio de la libertad.

Matad todo espíritu vital en el corazón humano, y luego se hará sentir la degradación del hombre, sin que volváis á presenciar jamás esos arranques de verdadero heroísmo y de evangélica abnegación que levantan á la criatura sobre el vulgo de sus semejantes, para hacerla el orgullo de la patria y el ornamento de la historia. El furor de la igualdad abate el vuelo de las almas generosas, quebranta el brio de los corazones gallardos, postra y envilece á los pueblos que no ven en ninguna parte otra cosa que *seres iguales, perfectamente iguales*, incapaces de provocar su entusiasmo, que es su vida, incapaces de merecer su adoración, que es su gratitud, su fuerza, su gloria.

En los grandes conflictos de los pueblos, se levanta del fondo social, sostenido por la mano de Dios, inspirado por su aliento, el ser bienaventurado que personifica la vida y la gloria de esos pueblos que azota y disuelve la locura. En esos momentos de cataclismo social, dóciles á su instinto, adivinan los pueblos á su salvador, clavan en él la anhelosa mirada, le rodean, le bendicen, le adoran, porque todo lo merece el escogido de Dios. El frenesí cae quebrantado, el desafuero se oculta presuroso, tornan al abismo las furias desencadenadas. Una sola voz se escucha, una sola acción se siente, un solo espíritu lo señorea todo. La majestad del imperio acalla la destemplanza demagógica; la energía de la acción enfrena los extravíos oclocráticos: la grandeza del ánimo domina las tumultuarias muchedumbres. La vida triunfa de la muerte. El orden reclama su reinado, desgarada por sus propias locuras la bandera de la anarquía, veniendo por sus propios escándalos el tumulto demagógico, fatigada por sus excesos y ahogada en su propia sangre la oclocracia furibunda. ¿Qué igualdad quieren los cobardes? ¿qué igualdad piden los protervos? ¿qué igualdad invocan los furiosos? ¿La igualdad de los valientes? ¿la igualdad de los honrados? ¿la igualdad de los juiciosos? ¡Insensatos! esa igualdad es contraria á vuestra índole, es la antítesis de vuestra naturaleza, es vuestro enemigo capital.

¿Quién no siente la pobreza de su cuna, el polvo de que nace? ¿Quién no conoce que es uno nuestro origen, una nuestra peregrinación, pero vario nuestro destino inmortal, según nuestras obras, según nuestra vida? ¿Queréis la fraternidad en la tierra? Encumbra las almas mas humildes hasta la excelencia de las mas levantadas, y no os empeñéis en humillar á las excelentes hasta confundirlas con las humildes. No hagáis una obra de infamia, queriendo infundir en el pecho casto de Abel el alma envidiosa de Cain. Levantad, si os es fácil, á Cain, hasta la región clarísima en que se espacia libre el espíritu de Abel. Será un hecho la fraternidad, consumado por su propia virtud, por su propia necesidad, por su propia gloria. Nada más eficaz que la gracia de Dios, que es la santidad de la vida, para que sean hermanos todos los hombres. Y la santidad de la vida no es más que el cumplimiento de nuestros deberes.

La humanidad no está condenada á perpetua lucha ni á perdurable escándalo. Mas digno empleo tendrán sus fuerzas valerosas, cuando aleccionada en la escuela de la tribulación, solicite con fe viva y descubra con perseverante mirada en el horizonte del porvenir la verdadera estrella polar que le señala el puerto de salvación. Mientras haya iniquidad en la tierra, habrá desdicha en el mundo. Si caen rendidos al peso del infortunio los desgraciados, caen quebrantados al peso de la injusticia los inicuos. La iniquidad es una especie de locura moral que cansa, y postra, y aniquila. Hay algo de santo en la víctima que no se rinde al tormento, y algo de infernal en el verdugo que se saborea en el suplicio. Al fin de la jornada ¿cuánto daría el martirizador por ser el mártir? ¿Quién puede al fin de su carrera gloriarse de ser verdugo? ¿Hay rigor en la justicia de Dios porque los asesinos y los incendiarios tengan sueños agitados y terribles. ¿Envidiáis la vida turbulenta, estrepitosa, sobresaltada, de Aristipo en Argos, de Dionisio en Siracusa, de Mario en Roma, de Enrique III en Francia, de Cromwell en Inglaterra? Atormentad la conciencia, mientras dure la fiebre de la vida: calmada esa fiebre la conciencia os atormentará. Negadla en medio del torbellino y de la embriaguez del mundo; pero el torbellino pasa y la embriaguez se disipa, y la conciencia entonces al torturaros el cuerpo y al infernaros el alma, os probará que existe.

Si no fueran tan hondas mis convicciones, tan ardiente mi fe en la marcha providencial del mundo, llegaría á creer con Vico que la humanidad gira en un círculo vicioso, reproduciendo eternamente sus locuras.

A espaldas de la cruz, en la edad gentilica, no encuentro ningún pueblo mas digno de honrosa memoria que el pueblo romano. El sentimiento profundo de piedad que respiran sus austeras costumbres, prepara los grandes días de gloria de aquel pueblo ejemplar. Allí el pueblo siente su altiva dignidad: la gloria romana es el blanco de su heroísmo. Los Cincinatos y los Fabricios, los Camilos y los Fabios, las Lucrecias y las Virginias, son la mas legítima expresión del Pueblo Rey. A todo imprime el sello de su magnanimidad y de su gloria en los primeros días de su carrera republicana. El calor vivificante del sentimiento religioso comunica un temple admirable á la prodigiosa vitalidad de esa república. No

puede ser grande el pensamiento que no discurre por dilatado espacio ni se remonta á levantada esfera. Nada mas humilde que el sentimiento terrenal, nada mas pobre que el descarnado personalismo. Nada mas excelsio que el sentimiento de lo infinito, nada mas digno que la abnegación por la gloria de la humanidad. La religión alienta á los héroes y alienta á los mártires. Son hijos de la impiedad los cobardes y los egoístas: les falta el temple del alma.

Dejó de ser austero y dejó de ser piadoso el pueblo romano, y arrancó por el camino de la impiedad, desbocado como una furia, á perderse en los lodazales de la corrupción. La concupiscencia enervó su cuerpo y abatió su alma. Su presente cobardía es igual á su antiguo valor, y á su abnegación pasada es igual su presente egoísmo. Sila y Mario, Pompeyo y César, prole indigna de Cincinato y de Fabricio, de Régulo y de Fabio, engendran los Calígulas y los Claudios, los Neronos y los Domicianos, las Julias y las Mesalinas. No queda un rasgo siquiera de la gallarda fisonomía del Pueblo Rey. El sello de su afrentosa servidumbre borró las glorias de su antigua libertad. Dadme un pueblo en la tierra que sea grande sin el sentimiento de Dios, y no podré explicarme esa grandeza. Dadme un pueblo cobarde y servil, y os señalaré la llaga impia que corroe sus entrañas.

Yo comprendo por qué llaman *ignorante* á Voltaire hombres tan grandes como Mably y Constant y Villemain. Cuando el jefe de los enciclopedistas escribe como cristiano, es levantado el pensamiento y varonil la expresión; y se eclipsa Voltaire, cuando vuelve la espalda á Dios.

Para honra de los pueblos, la corrupción viene siempre de arriba. ¿Queréis un pueblo rígido en sus costumbres, cumplidor de todos sus deberes, un pueblo para el que sea una religión el amor á la patria? Dadle por jefe un Licurgo, un Numa Pompilio, un Anco Marcio. ¿Queréis un pueblo desenfrenado y venal, disoluto é impío? Dadle por señor un Léntulo, un Clodio, un Catilina. ¿Queréis un pueblo que respete á sus mas desvergonzados peculatrios? Acostumbradlo un día y otro día á ver *cuestores tan implacables* como Apio y como Vérres. ¿Queréis un pueblo brutalmente lascivo, servil sin comparación, degradado sin paralelo, corrompido sin semejanza? Dadle por jefe un Tiberio.

Para mí la grandeza y la majestad del poder consisten en gobernar á un pueblo grande y majestuoso. Para mí la indignidad y la villanía del mando consisten en empuñar el cetro de un pueblo villano é indigno.

A espaldas de la cruz, en la edad gentilica, no encuentro pueblo mas degradado que el pueblo romano, bajo el reinado de Tiberio, de Tiberio Augusto. Y el pueblo romano es el corazón y el alma de la humanidad.

¿Qué será de la desvalida humanidad empeñada en tan mal sendero, si una luz milagrosa, hiriendo su pupila, no la fuerza á penetrar en el abismo de desolación, hacia donde se encamina precipitada? ¿Qué principio vital puede infundirse en ese pobre cuerpo que se cae á pedazos, gangrenado por todo género de vicios? ¿Por dónde principiar la curación, si todo el cuerpo es una viva llaga? Cuando el huracán de las revoluciones azota los pueblos y quebranta hondamente su moralidad, que es su vida, el hogar doméstico es el paladion de las buenas costumbres. Ni ese santo refugio queda á esta sociedad excomulgada. Todo lo inunda la corrupción, todo lo señorea con tiránico señorío.

Por este tiempo comienza á oírse en el fondo de la Galilea la voz, *verdaderamente extraña*, de un joven oscuro, que cautiva á las gentes con la novedad de su doctrina. Tan ejemplar es su vida inocente que puede preguntar al mundo:

¿Quis ex vobis arguet me de peccato? ¿Quién puede echarme en rostro una sola falta?

Su Evangelio, así se llama esa nueva filosofía, lo comprenden los ignorantes y desconcierta á los doctos. Su palabra, mas dulce que miel hiblea, penetra, como un calor vivificante, en el espíritu de los pueblos que arrobados le escuchan. La caída humanidad presente que va á ser testigo de grandes maravillas. Lenta y callada, pero segura, inevitable, una prodigiosa revolución moral se elabora en la tierra. Parece que la codiciada rehabilitación de los espíritus proféticos quiere consignar su carácter divino. El corazón presagia sus grandes glorias, como presagia sus grandes infortunios.

Doce hombres vulgares, sin educación y sin doctrina, colaboran en su *extraña predicación*. Apostolado mas humilde, que anuncie mayores portentos, no lo ha visto el mundo. Su ley es ley de amor, de encendido amor, capaz de abrasar la tierra oprimida por el hielo de la impiedad, que es el colmo de la corrupción. — Dispersaos por el mundo, dice á sus discípulos, y en alas de la mas ardiente caridad llevad á los pueblos desventurados el verbo que así calma los agudos dolores del cuerpo, como calma los hondos martirios del alma. Confíad *mi palabra* á los cuatro vientos del cielo, y ellos se encargarán de esparcirla por las mas apartadas regiones para alivio de la humanidad. Y en tres años de predicación enseña mas á los pueblos que todos los sabios del mundo. Vosotros, tribunos de todas las edades, vosotros que *aparentais* ardiente celo y paternal solicitud por los derechos de los pueblos, penetraos de la *divina palabra*, para que podáis imitar el *divino ejemplo*; para que deis á los pueblos en vez de afrentosa muerte, gloriosa vida.

Ensalzad á los que humilla el pecado, purificándolos en las aguas de la penitencia ó en el fuego de la tribulación, y no humilleis á los que enaltece la gracia, violentándolos á que se abracen con el crimen, á que fraternicen con la iniquidad. No pretendáis alianzas inicuas, ni maridajes nefandos, ni consorcios sacrílegos; porque la

fragilidad de tales obras dará claro testimonio de vuestra ignorancia, de vuestra locura ó de vuestra mala fe. La obediencia legítima nos lleva á la legítima autoridad, como nos lleva á la ilegítima opresión el desenfreno ilegítimo, que es la libertad demagógica proclamada por los tribunos.

No pretendamos igualarnos al que sostiene nuestra debilidad, ni al que guía nuestra inexperiencia, ni al que mata nuestra hambre y viste nuestra desnudez. Si por amor á Dios nos dispensan tan altas mercedes, por amor á Dios confesemos y bendigamos la superioridad de los que nos dispensan tan altos beneficios. Si en ellos es un deber la caridad, en nosotros es un deber la gratitud. Ninguna línea de semejanza con vosotros encuentro en el *divino tribuno* de Galilea. Su escuela es toda amor, intensísimo amor, como es toda odio, intensísimo odio, vuestra escuela. El aconseja á los ricos que sean *humildes* con los pobres; vosotros aconsejais á los pobres que sean *soberbios* con los ricos. El reclama de los poderosos templanza con los desvalidos; vosotros reclamais de los desvalidos ira, ira implacable contra los poderosos. El infunde la caridad en el corazón del rico; vosotros infundis la envidia, la rencorosa envidia en el corazón del pobre. El suaviza en los desventurados las heridas del infortunio con el bálsamo de la esperanza y con el premio destinado á la resignación; vosotros enconais en las muchedumbres la llaga del sufrimiento, desesperándolas para que cometan todo género de iniquidad. El sube al Calvario para redimirlos, *predicándoles el deber*; vosotros subís al solio para esclavizarlos, *predicándoles el derecho*. El consiente en ser crucificado para gloria del mundo; vosotros consentís en que el mundo sea crucificado para vuestra gloria. Jesus enseña que el mundo pertenece á los mansos, á los hombres de bien; y Danton, como si dijésemos vosotros, Danton enseña que el mundo pertenece á los furiosos, á los protervos. La palabra del tribuno de Galilea da á los pueblos gloriosa vida, y vuestra palabra les da afrentosa muerte.

Ni Lamennais, ni Luis Blanc, ni Caro, ni Madiedo, nos enseñan nada que no nos haya enseñado primero y mejor el Hijo del carpintero.

Continúa la cruel agonía del imperio romano. Mientras Tiberio se entrega en Caprea á los desenfrenados caprichos de su brutal concupiscencia, expira en medio de dos ladrones sobre la cima del Calvario *aquel doctísimo Maestro* que anunció la buena nueva á la excomulgada humanidad; el Mesías prometido que dió vista á los ciegos, habla á los mudos, movimiento á los tullidos, vida á los muertos, y á quien por sedicioso y hechicero atrapellaron los grandes é insultaron los pequeños. Le maltrató Caifás el soberbio, le escarneció Herodes el bárbaro, le condenó á muerte Pilatos el inicuo, y le escupió y le abofeteó el pueblo á quien consagró su vida y por el que murió crucificado. La crucifixión de la *suma justicia* explica el reinado de la *suma iniquidad*.

Si en alma nacida cabe mas alto vuelo, mas sublime abnegación, mas voluntario sacrificio; si en lo que lleva de vida el mundo ha visto el mundo un filósofo parecido á este filósofo; si las gentes han escuchado alguna vez una palabra, caldeada, como su palabra, al étna de su amoroso corazón; si el entendimiento humano es capaz de idear un arquetipo, como este arquetipo; yo declaro, sin que nadie pueda desmentirme, que hasta que apareció en el mundo el *loco de Galilea*, no ha tenido la humanidad un modelo de perfección parecido á este modelo, ni en la humana naturaleza cabe mas santa hermosura. El Sumo Sacerdote cristiano; el suspirado por los patriarcas; el anunciado por los profetas, el deseado por las naciones. El Dios fuerte de Isaías destrona á Júpiter Tonante para empuñar el cetro de las edades futuras. La humanidad se regocija instintivamente y conoce que de en medio de tan profunda corrupción se levanta un espíritu vivificante. Nueva aurora, precursora de un nuevo día, despunta en el horizonte de la humanidad, y se adivinan los rayos del sol de gracia que inundará los cielos; y ese día abarcará los siglos, porque no hay ocaso para ese sol. Huyen avergonzados los dioses gentílicos para no tornar jamás á señorear la tierra. Está en *manos muy castas* el cetro del mundo.

Ecece Agnus Dei qui tollit peccata mundi. « Vosotros me habeis visto obrar milagros, y no creisteis en mí. » « Amasteis mas las tinieblas que la luz, porque vuestras obras eran malas. » — « El mundo me aborreció porque le demostré que eran malas sus obras. » Bien os lo habia dicho: « cuando me hayais crucificado, entonces conoceréis quien soy yo. » « ¿Queréis ser libres? amad la verdad. » — « Y si el buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas, el mercenario (el tribuno) en viendo venir el lobo, desampara las ovejas y huye; y el lobo las arrebató y dispersa el rebaño; y los que creen en el Buen Pastor, no lo manifiestan por temor á los fariseos, » á los tribunos; y ese temor indigno les prepara una muerte lenta, ignominiosa.

« La depravada voluntad ciega los ojos y endurece el corazón de los hombres. » Mientras la mala voluntad reine en el mundo, no alcanzaremos nunca el triunfo de la verdad, el reinado de la justicia, la paz en la tierra para los hombres de buena voluntad. *Homínibus bone voluntatis.*

¡Hosanna!...

« Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. »  
(Se concluirá.)

#### Condecoración ofrecida á Garibaldi.

El 13 de enero último el general Turr entregó á Garibaldi, en su modesta residencia de Caprera, la estrella

LA PRUDENCIA IMPIDIENDO EL MAL.



Pintura ejecutada por M. Vauchelet en el nuevo salon de sesiones del Senado.

que los mil han ofrecido á su general. Estos mil son los primeros que desembarcaron en Marsala, y cuyo número se halla bien reducido actualmente.

Garibaldi recibió enternecido este precioso recuerdo, y aseguró al general Turr que ningun presente podia ser mas grato á su corazon.

La condecoracion, que figura una estrella con siete puntas, es de diamantes; en su centro sobre campo de esmalte están representadas las armas de la Sicilia, rodeadas de un círculo con los tres colores italianos, blanco, encarnado y verde, en el cual está escrito con chispas de diamante: *I mille al loro duce*, los mil á su jefe. Debajo está grabada la palabra *Arturo*, en recuerdo del rey caballero por excelencia, del fundador de la órden de la *Mesa Redonda*.



LA ESTRELLA DE LOS MIL.

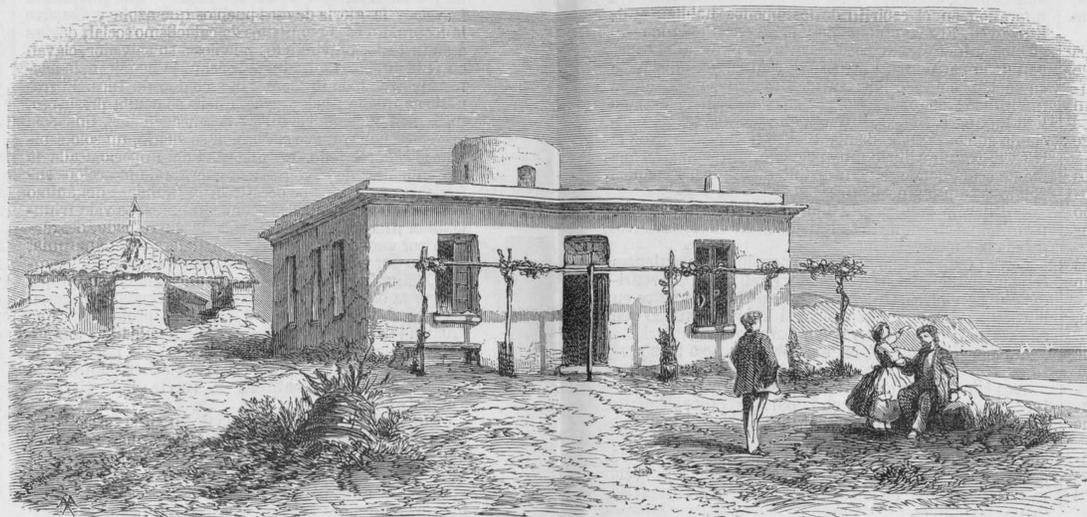
La casa de Garibaldi, cuyo dibujo damos tambien, es muy modesta. Es un simple piso bajo de ocho piezas con un belvedere desde el cual se disfruta de una hermosa vista. Al rededor están los campos de higueras, almendros y viñas plantados por él. Garibaldi decia últimamente á un sugeto que le habia ido á visitar: « Si no me detiene una bala en un campo de batalla, quiero morir en este islote donde no tengo otra compañía que la de los conejos. »

UNA HISTORIA INGLESA.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

Al oír pronunciar este nombre, un hombre de Norton-Bury soltó una carcajada, que fué reprimida al punto con su expul-

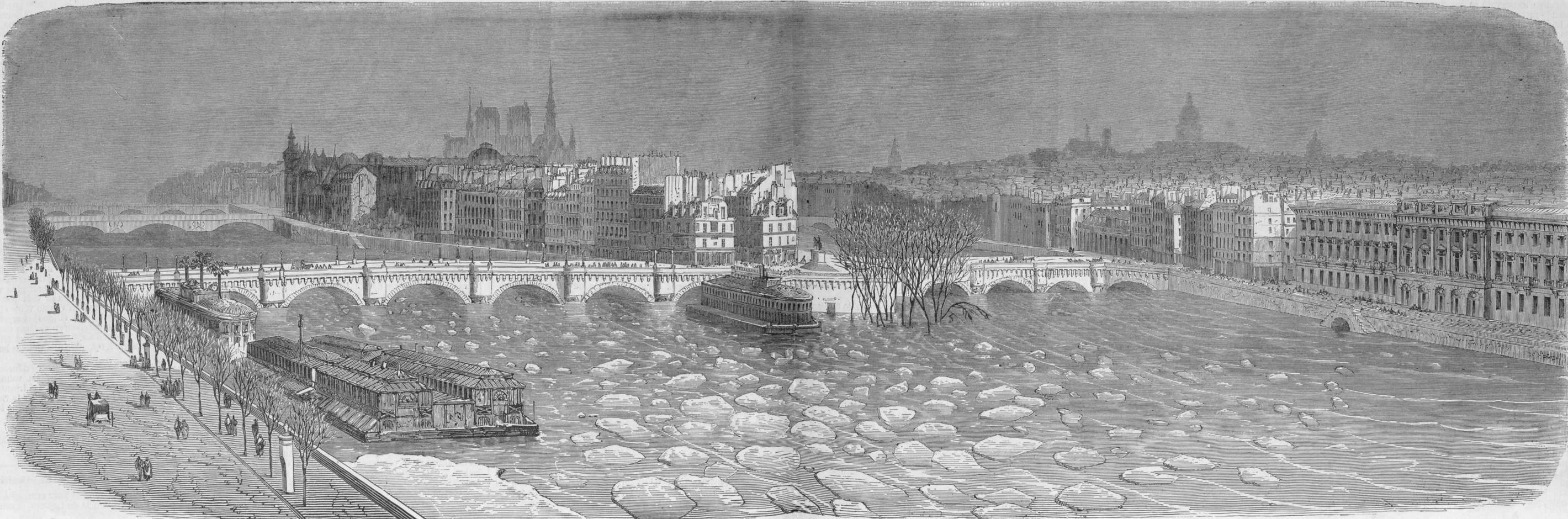


CASA DE GARIBALDI EN CAPRERA.

LA FUERZA FAVORECIENDO EL BIEN.



Pintura ejecutada por M. Vauchelet en el nuevo salon de sesiones del Senado.



ASPECTO DEL SENA EN LA MAÑANA DEL 12 DE ENERO DE 1861.

sion de la asamblea. M. Tomás Brown, mayordomo de lord Luxmore, apoyó entonces la candidatura.

Al cabo de algunas palabras dichas entre el sheriff, su hijo y lord Luxmore, palabras cuyo resultado me pareció muy satisfactorio, sir Ralph volvió á levantarse.

— Señores y electores, exclamó, no proponiéndose ningun otro candidato, no me queda mas que declarar á Gerardo Vermilye, squire ..

John Halifax se acercó á la mesa y dijo :

— Perdonadme si os interrumpo, sir Ralph; ¿puedo decir algunas palabras?

M. Brithwood irritado sobremanera y con un horrible juramento repuso :

— Sir Ralph, no escuchareis á ese individuo.

— Perdonadme, tiene derecho para hablar; M. Halifax, ¿sois elector de Kingswell?

— Sí lo soy.

Esta respuesta no sorprendió á nadie mas que á mí.

Brithwood furioso gritó que era mentira.

— No es del país; ha sido recogido en una calle de Norton-Bury... era un mendigo, un ladrón, qué sé yo lo que era.

— Estais mal informado, M. Brithwood. Sir Ralph, nunca he sido mendigo ni ladrón. He principiado por obrero y mozo de granja, hasta que M. Fletcher me empleó en su tenería.

— Es lo que creo haber oido decir, respondió cortésmente sir Ralph; y despues de aquel que tiene la dicha de poder glorificarse de una noble cunã, el hombre que yo estimo mas es el que no se sonroja de confesar la inferioridad de su nacimiento.

— No estoy precisamente en ese caso, repuso John sonriendo; pero nos separamos de la cuestion, que consiste en saber si soy ó no elector de Kingswell.

— ¿Y en qué fundais vuestros derechos?

— La Carta contiene una cláusula que rara vez se pone en vigor, á saber, que la hija de un vecino puede conferir el derecho de ciudadanía á su esposo. Ahora bien; el padre de mi mujer, M. Enrique March, era vecino de Kingswell; yo he hecho valer mis derechos, y estoy inscrito este año: vuestro escribano puede dar razon.

El escribano hizo una señal de asentimiento.

Lord Luxmore parecia estar muy sorprendido, y manifestaba cortésmente su incredulidad; pero su yerno clamó violentamente contra lo que él llamaba una *picardía*.

— Está muy bien, interrumpió lord Luxmore con una voz melosa; ¿y puedo solicitar, señor mio, un voto y un apoyo tan poderosos como los vuestros en favor de nuestro amigo M. Vermilye?

— Milor, sentiria en extremo que os engañarais acerca de mis intenciones; no votaré sino en el último extremo, y si lo hago, no será ciertamente en favor del candidato propuesto por M. Brithwood. Sir Ralph, continuó volviéndose hácia el sheriff, dudo que M. Gerardo Vermilye conservará su puesto en el Parlamento aun cuando fuera elegido.

Los labradores y los obreros se habian mantenido lejos de la mesa hasta entonces por efecto de su timidez; pero al oír las palabras de John, á quien todos conocian muy bien, se envalentonaron.

— Escuchadle, escuchad al amo, dijeron todos.

M. Brithwood estaba muy furioso para poder hablar; pero lord Luxmore dijo con una sonrisa irónica :

— *Honores mutant mores* (los honores cambian las costumbres); yo habia creído, M. Halifax, que nunca queriais mezclaros de asuntos políticos.

— Si por cierto, de asuntos puramente políticos; pero segun varios hechos que han llegado á mi noticia, estoy persuadido de que la eleccion de M. Vermilye seria un ultraje á la justicia y á las buenas costumbres, cosas que no me son indiferentes.

En el fondo de la sala se elevó un murmullo.

— ¡Silencio! exclamó M. Brithwood sin olvidarse de acompañar esta orden de un juramento que le valió una mirada severa del sheriff.

— Parece ser, dijo lord Luxmore, que la democracia triunfa en estos lugares, sir Ralph. Confieso que tengo pocos conocimientos entre el pueblo; pero ignoraba que el pueblo eligiese á los miembros del Parlamento.

— No los elige, lord Luxmore, repuso el sheriff con altanería, pero siempre escuchamos al pueblo. M. Halifax, explicaos en breves palabras: ¿qué teneis que decir contra el candidato de M. Brithwood?

— Primeramente, que carece de las condiciones que marca la ley; no tiene una renta de trescientas libras esterlinas anuales, y está cargado de deudas en Norton-Bury y en otros puntos, tanto que hay orden de prenderle, y solo puede libertarse de la cárcel haciéndose nombrar miembro del Parlamento. A esto hay que añadir un delito muy comun por desgracia, pero ante el cual la ley no cierra los ojos cuando es tan evidente; ha corrompido á fuerza de dinero á los quince electores de Kingswell. Creo haber dicho lo bastante para convencer á todo inglés honrado de que M. Vermilye no es digno de sentarse en el Parlamento.

A estas palabras siguieron frenéticos aplausos entre los aldeanos que estaban reunidos cerca de la puerta y bajo las ventanas de la sala. Los quince votantes fueron silbados sin piedad por aquellos que en su posicion de no electores se hallaban al abrigo de la corrupcion. El delito que John achacaba á M. Vermilye era en efecto muy comun; pero cada vez que se ponía en evidencia, no dejaba de excitar la virtuosa indignacion de aquellos que no tenian en él ninguna parte.

El sheriff aparentaba bastante inquietud con aquel ruido, pues era raro ver que el pueblo manifestaba en

las elecciones una opinion contraria á la del señor del lugar en que se hacian.

— M. Brithwood, dijo, sin duda ignorabais como yo las objeciones que podian presentarse contra el nombramiento de vuestro candidato, pues si no, habriais elegido á otro. Herberto, continuó volviéndose hácia su hijo, que hasta la última disolucion del Parlamento habia figurado en esta asamblea como diputado de Norton-Bury. ¿sabias algo de todo esto?

Y como tardara en responder, añadió su padre :

— Respondé francamente; ninguna incertidumbre está permitida en una cuestion tan importante. Señores y honorables amigos, hacedme el favor de oír á M. Oldtower, á quien conoceis todos. Herberto, ¿esas acusaciones son fundadas?

— Mucho me lo temo, respondió gravemente el jóven.

— M. Brithwood, repuso el baron, siento mucho que todo esto no se haya descubierto mas pronto. ¿Qué pensais hacer?

— Yo nada tengo que ver con eso. El distrito pertenece á lord Luxmore, y yo puedo nombrar á Satanás si lo juzgo oportuno. Por consiguiente, no retiro mi proposicion.

— Creo, dijo lord Luxmore acentuando sus palabras, que para todas las partes interesadas seria conveniente que fuese elegido M. Gerardo Vermilye.

— Milor, repuso el sheriff, olvidais que á pesar de mis deseos de complacer á la familia á quien pertenece este distrito, me seria imposible ver con satisfaccion, aunque no pueda impedirlo, la eleccion de una persona tan impropia para el servicio de S. M. Si al menos hubiese otro candidato á fin de que la opinion pública pudiese decidir la cuestion...

— Sir Ralph, exclamó John con tono resuelto, henos aquí en el punto á que queria venir á parar cuando tomé la palabra. En mi calidad de hacendado y de vecino de Kingswell reclamo el derecho de proponer un segundo candidato.

Nada podria dar una idea de la sorpresa de todas las personas presentes. Este derecho habia sido reclamado tan rara vez, que todos habian olvidado su existencia.

Sir Ralph y el escribano se consultaron un instante, y al fin el sheriff se levantó y dijo :

— Debo confesar que esta contraproposicion, aunque poco usada aquí, no es ilegal.

— ¿No es ilegal? gritó Ricardo Brithwood.

— No, señor, repitió sir Ralph. Espero pues el nombre de la persona que designa M. Halifax. Supongo que vuestro candidato no es demócrata.

— Sus opiniones políticas difieren de las mias, respondió John; pero es el único gentleman que yo pueda nombrar en esta ocasion, y creo que todos mis vecinos verán con placer que se vuelve á sentar en el Parlamento. Propongo pues el nombramiento de M. Herberto Oldtower.

Estas palabras fueron acogidas con aclamaciones por la mayor parte de las personas presentes, pues entre las familias del condado pocas habia tan honradas y respetadas como la de los Oldtower.

Sir Ralph se levantó muy conmovido.

— Creo, exclamó, que nadie supondrá que yo conocia de antemano las intenciones de M. Halifax, y creo que mi hijo se hallaba en la misma ignorancia. A él le toca hablar.

Herberto respondió con gravedad y modestia que en vista de la urgencia no vacilaba en aceptar la honra que le hacian.

— En ese caso, dijo sir Ralph visiblemente contrariado, no me queda mas que llenar mi deber como oficial de la corona.

Pero en medio de la confusion, muchas personas alzaron la mano gritando :

— ¡Al escrutinio!

— ¡Al escrutinio! exclamó M. Brithwood; Kingswell es un distrito de familia, y no se habria visto tal cosa hace mas de cincuenta años. Sir Ralph, vuestro hijo está loco.

— Caballero, en nuestra familia no hay locos. Yo ocupo aquí el puesto de sheriff del condado, y si esa proposicion encuentra apoyo...

— Perdonadme, sir Ralph, dijo lord Luxmore; no vale la pena; ¿puedo ofrecerlos?...

Era su caja de rapé; pero la sonrisa del conde acababa claramente el resto de su frase.

Sir Ralph se enderezó con orgullo, los ojos chispeantes de indignacion.

— Lord Luxmore, no comprendo, segun parece, los deberes de mi magisterio, dijo con frialdad.

Y luego, volviéndose á la asamblea, añadió :

— Señores, se procederá á contar los votos esta tarde, en vista del deseo manifestado por mi vecino...

— Sir Ralph tiene buenos vecinos, interrumpió lord Luxmore.

— Por mi vecino M. Halifax, un gentleman, añadió acentuando bien las palabras, sugeto que me ha merecido siempre la mas grande consideracion.

Un sentimiento de legitimo orgullo brilló en la fisonomia de John Halifax. Estas palabras que parecian establecer públicamente su posicion social, eran tanto mas lisonjeras, cuanto que venian de un hombre íntegro y honrado, que á todos sus méritos añadía el de una alta cuna.

Cuando la asamblea se separó, John me suplicó que me volviera á Longfield y explicara á Ursula los motivos que le detenian en Kingswell.

— Dila bien todo lo que ha pasado, añadió; la relacion la interesará mucho.

En efecto, Ursula me oyó con el mayor interés, como

una mujer para quien el honor de su marido es lo principal del mundo; pero insistió en que me volviese inmediatamente cerca de John, y en su consecuencia regresé al punto á Kingswell.

Habiase dicho que todos los habitantes de las cercanias se habian reunido para disfrutar de un espectáculo enteramente nuevo para ellos, el de una eleccion contestada. Hacia muchos años que no se habia visto semejante cosa. Los quince votantes parecian estar enorgullecidos con el sentimiento de su importancia.

Yo encontré á John ocupado en hablar con algunos de ellos bajo los árboles del campo santo; trataba de hacerles comprender que el voto de un hombre debe ser la expresion de su opinion, y que es casi tan vergonzoso vender su sufragio, como traficar con la libertad de un hijo ó la honra de una hija.

Entre aquellos que le escuchaban con mas atencion reconocí al viejo Jacobo Baines, el antiguo jefe del molin de Norton-Bury. Durante mucho tiempo habia trabajado en la tenería y luego en el molino: hoy era el mas honrado y fiel de todos los obreros de John.

El escrutinio debia tener lugar en la iglesia, como se practicaba á veces en los pueblos de campo, y esta circunstancia contribuyó y no poco á producir una viva impresion en el espíritu de los buenos habitantes de Kingswell. El mayordomo de fábrica encargado de recoger los sufragios, se colocó delante del pupitre del capellan de la parroquia. El sheriff se sentó á poca distancia en su banco de familia; su actitud grave y respetuosa fué imitada por todas las personas presentes, excepto lord Luxmore y M. Brithwood, que seguros en apariencia de su causa, hablaban y reian en el otro lado de la iglesia. Era un edificio muy pequeño, estrecho y en forma de cruz, donde se oian distintamente todas cuantas palabras se pronunciaban.

— Milor y gentleman, dijo sir Ralph levantándose, permitidme creer que la santidad de este lugar será respetada por todos.

Lord Luxmore que se habia paseado hasta entonces con su caja de tabaco en la mano, prodigando sus sonrisas á unos y otros, se detuvo, y luego fué á sentarse en la capilla de la Comunion, como si hubiese pensado que su presencia era un gran honor para aquel santuario.

La votacion comenzó en medio del silencio mas profundo.

Tres labradores votaron sucesivamente por M. Vermilye; pero llevaban tabaco en la nariz, y probablemente algo que pesaba mas en sus bolsillos.

Jacobo Baines se acercó á su vez, y separando la mecha de cabello cano que le caia sobre la frente, saludó con timidez á sir Ralph. Quizá habia hecho el conocimiento del sheriff en otro tiempo y en circunstancias menos favorables.

Sea como quiera, recobrando ánimo exclamó :

— ¿Puedo deciros dos palabras?

— Sí por cierto, pero sed breve, amigo mio, respondió el sheriff conocido por su benevolencia con el pueblo.

— Yo soy un pobre y vivo en una de las casas de milor; no he podido pagar mi alquiler hace un año y M. Brown me dijo un dia: « Jacobo, votad por Vermilye y os perdono la deuda; además, aquí teneis dos guineas de socorro. » Entonces dije yo á Mateo Hales, que es arrendatario de M. Halifax, y ha recibido del intendente de milor cuatro guineas por su voto: « Creo que no hay mal en esto, pues Su Señoría es un lord y todo lo demás... »

— Basta, viejo tonto; exclamó M. Brithwood; vota sin interrumpirnos, vota pronto.

— Ya voy, señor, dijo el viejo Jacobo, separando otra vez su mecha de cabello cano; esperad que eche fuera todo esto.

Y sacó de su destrozado bolsillo un puñado de guineas.

¡Pobre hombre! ¡Cuán brillantes le parecian aquellas guineas que representaban para él el pan, los vestidos y la vida!

— Yo he recibido tres, continuó; Will Horrocks dos, y Mateo Hales las restantes; pero hemos cambiado de parecer. ¿Querriais encargaros de devolverlas á sus dueños?

— Hombre...

— Sir Ralph, somos honrados, y sin eso no nos atreveriamos á mirar al amo. Doce años hará por San Miguel que nos impidió morirnos de hambre, ahorrándonos quizá otra cosa peor, y hoy no queremos conducirnos como unos bribones. Ahora voy á votar, pero no será por Vermilye.

Jacobo fué recibido con un sordo murmullo de aprobacion, cuando se juntó con los aldeanos que sentados en los bancos de piedra, bajo el pórtico de la iglesia, discutian en términos poco lisonjeros los méritos del candidato de lord Luxmore.

— Debe muchísimo dinero en Norton-Bury, decia uno.

— ¿Y porqué no se halla presente en la eleccion como debe hacer todo hombre honrado? preguntó otro.

— Es porque tiene miedo de que le prendan, repuso el viejo constable gotoso, encargado de mantener el buen orden en Kingswell. Es el bribon mas solemne que hay en el reino.

— ¡Maldito sea! murmuró una mujer; mi hija era una muchacha honrada... ¡maldito sea!

Durante este tiempo lord Luxmore seguia sentado en la capilla de la Comunion, sin que pareciera poner en duda, que á pesar de aquellas absurdas contestaciones su dinero y su influencia no acabaran por llevarse el triunfo.

Grande debió ser su sorpresa, por no decir mas, cuando terminado el escrutinio se vió que de los quince vo-

jo que representa un corredor del teatro durante el baile del martes de carnaval, el mas alborotado y estrambótico de todos ellos.

En las provincias francesas el carnaval ofrece mas interés, porque se conservan ciertas costumbres locales de un carácter mas ó menos singular. En muchas localidades acostumbran destruir, verbigracia, un maniquí designado generalmente en el Languedoc con el nombre de *Caramantran* (cuaresma entrante) que arrojan al agua, ahorcan ó queman, segun los usos establecidos, para cerrar las fiestas del carnaval. En Uzés, departamento del Gard, donde ha prevalecido el último sistema, la ceremonia de quemar el maniquí el miércoles de ceniza va acompañada de un baile especial cuyo origen, ignorado de la generacion presente, tiene sin duda una fecha muy remota.

Hé aquí en dos palabras la descripción de este baile llamado de los *Bouffets*.

Los *Bouffeters*, armados de fuelles y que forman parte integrante de la escolta del *Caramantran*, se esparcen por el pueblo desde muy temprano en una fila muy larga. Visten uniformemente un pantalon blanco, una camisa y un gorro de algodón, y en la mano llevan el fuelle, que es el signo característico de la fiesta. Al son del tamboril que toca una *tarandola* especial, se entregan á una danza extravagante, como puede verse en nuestro dibujo, y entre cuyas figuras se cuenta una, que consiste en perseguir á la gente con los fuelles de una manera que es mas para dibujada que para dicha. Sobre todo, las curiosas son objeto de esta famosa persecucion por parte de los tiradores destacados de la banda. El paseo se continúa hasta el instante en que los *Bouffets* van á acompañar al *Caramantran*, y dura hasta por la noche.

Esta costumbre es exclusivamente local, y no se usa en ningun otro pueblo del Languedoc. X.

LOS AVENTUREROS.

(Continuacion.)

— Escuchadme bien los dos: hé aquí mi voluntad: al otro lado del continente americano, en la ciudad de Baltimore, he dejado todo lo que me es caro en el mundo: una mujer que será mi esposa, si Dios lo quiere. Este oro le pertenece, pues por ella he venido á buscarlo... El camino es muy largo de aquí á Baltimore, pero lo andareis...

— ¡Sí, lo andaremos! dijeron á la vez Towah y Lila.

— Al llegar á la ciudad preguntareis por la viuda del diputado Talbot, llamareis á su puerta y direis á su hija, que es mi prometida: Elena, Alberto ha muerto por vos; esto os pertenece...

Los Golden-daggers se estuvieron quietos mas de seis meses. Una noche que el conde dormia despues de haber trabajado todo el dia, fué despertado por un ligero ruido.

Lila estaba en la cabecera de su cama.

— Mi amo, dijo, tomad vuestra carabina.

El conde se puso de pié; en seguida se oyó un tiro. Towah estaba ya en las aspilleras, y acababa de matar á un Cuchillo de oro en el momento en que este se puso á destruir la empalizada con un hacha.

Lila cogió la tercera carabina.

La cabaña tenia ahora una triple línea de defensa: una empalizada, un foso profundo y la muralla de troncos de árboles.

El conde, ayudado de Towah y de Lila, sostuvo allí dentro un sitio de cinco noches. Los Golden-daggers se retiraban al amanecer llevándose sus muertos.

Su rabia habia llegado al colmo. Antes de retirarse gritaban:



EL MARTES DE CARNAVAL Y EL MIERCOLES DE CENIZA; dibujo alegórico.

— ¡Mañana á la noche te haremos pedazos!

A la sexta noche los Golden-daggers incendiaron la cabaña, despues de perder el mayor y doce hombres.

Alberto de Rosen salió de su casa por medio de las llamas y subió á la muralla; despues de disparar el último tiro arrojó su arma, pues para nada le servia desde aquel instante.

El conde se cruzó de brazos y aguardó al enemigo. Los Golden-daggers lo ataron fuertemente y se lo llevaron á su campo. Lila y Towah quedaron igualmente prisioneros.

Al dia siguiente los Golden-daggers se reunieron en la montaña para elegirse un jefe.

Hubo varias puñaladas entre los votantes, pero nadie tuvo un número de partidarios suficiente.

El sargento Saunders y un canadés llamado Bolton, tenian cuatro votos cada uno: otros contaban con tres y otros con dos; habia unos treinta que se habian dado el voto á sí mismos.

— Antes que te hagamos tajadas, lavador de avena, dijo Saunders al conde Alberto que contemplaba esta escena tranquilamente, danos tu parecer.

— Mi parecer, respondió Rosen, es que echeis mano á vuestras carabinas... Mi perro Leon ha olfateado á los vecinos.

Leon era un magnífico perro del Sur que Towah ha-

bia cogido á los mejicanos. Este animal olfateaba á los vecinos á una legua de distancia.

— ¡Arow! (¡á las armas!) gritó casi al mismo tiempo el centinela que vigilaba en la punta de la montaña.

Hubo un instante de indecible confusion. Todos querian mandar y nadie queria obedecer.

El centinela disparó su carabina y se replegó. Saunders corrió hácia Rosen y cortando sus cuerdas con la daga que pendia de su cuello, exclamó:

— ¡Dios me condene! el lavador de tierra nos ha muerto trece hombres; es valiente... ¡Voto para que sea nuestro mayor!

En aquel momento no se oyó mas que un solo grito.

— ¡Mandadnos, caballero! ¡os dejaremos vuestro oro! Rosen cogió la carabina que le presentaron, y mandó que soltasen á sus compañeros. Entre bandoleros que van á batirse, poco importa la elección del partido que se defiende. Rosen tomó el mando de los Cuchillos de oro y arrojó á los vecinos al otro lado de la montaña.

Después del combate, la tropa prestó en manos del conde el juramento de obediencia.

Tan solo Bolton, antes de jurar, le dió un fuerte golpe en la mano, diciéndole:

— Quiero ver si la sangre del layador de tierra es tan colorada como la mía.

La ley de los Cuchillos de oro no permite rehusar el duelo. Bolton subió á una de las rocas gemelas de las cuales os ha hablado el vizconde; Rosen se colocó en la otra. Bolton dió la voltereta y todo quedó terminado. El conde Alberto fué mayor de los Golden-daggers.

Bajo su mando, los pobres cazadores de oro de la llanura disfrutaron de paz ó poco menos. El conde no concibió la loca idea de civilizar á sus feroces soldados, pero les enseñó á extraer el oro del Torrente Santo, y empleó su genio batallador para hacer entrar en razón á los mejicanos. Estos juraron su pérdida...

Hacia este tiempo, se interrumpió Jorge Leslie, conoció al conde Alberto y fué su amigo. Creo haber conocido sus mas secretos pensamientos. Ignoro lo que hubiese hecho colocado en una esfera menos excéntrica; pero puedo acreditar que poseía un corazón valiente y una sana inteligencia...

— ¡Nada mas que eso! exclamó la marquesa; á mí me parece que era un héroe completo... ¿qué decís á eso, señoras?

El conde Alberto quedó declarado héroe por la mayoría de las vizcondesas.

Enrique de Villiers sonrió á su futura suegra, y repitió:

— ¡Un héroe, prima, un verdadero héroe!

Jorge Leslie en tanto que descansaba algunos instantes buscó la mirada de Elena. La jóven, habiendo llevado la mano de la marquesa á sus labios, la besaba con aire pensativo.

— Alberto Rosen perdió la vista, repuso Jorge, el día en que el vizconde le encontró prisionero de los mejicanos.

Elena soltó la mano de su madre y abriendo sus grandes ojos llenos de tristeza, murmuró:

— ¡Ciego!...

— ¡El conde Alberto es ciego! repitieron de todas partes.

— Cuando M. de Villiers le vió tendido en la camilla, replicó Jorge, el viento de una bala acababa de privarle de la luz.

## V.

## DOÑA CARMEN.

Quizá no hubo en el gabinete de la marquesa otra persona que el vizconde Enrique de Villiers que dejase de experimentar una sensación penosa á las últimas palabras que pronunciara Jorge Leslie. Todo el mundo se interesaba por Alberto de Rosen, pues era uno de esos locos heroicos que entusiasman á las gentes.

Debemos confesar que el vizconde habia perdido el primer lugar en aquella reunion.

¿Qué eran sus pequeñas aventuras de turista escéptico y curioso al lado de esta nueva narracion en la cual la pasion figuraba al lado de luchas titánicas?

Todas las señoras amaban á ese caballero errante nacido en las llanuras de la Hungría para ir á acuchillar á los feroces bandidos de la América. Todas sentian en su corazón la herida profunda que acababa de recibir.

¡Alberto de Rosen, ciego! ¡el intrépido y el victorioso, era ciego!

Pero ¿no es una cosa bien extraña la manera con que esas dos historias sucesivamente contadas se enlazaban la una con la otra? El vizconde subiéndole el Golden-dagger justamente en el momento en que los vecinos bajaban prisionero al conde Alberto.

— Hay á lo lejos, repuso Jorge, montañas cubiertas de nieve que terminan en San Felipe de Sonora, hasta donde el conde Alberto rechazara el campamento de los mejicanos en sus precedentes victorias.

El camino fué largo como un martirio, y el prisionero pensó mas de una vez sucumbir durante el tránsito.

Los vecinos tuvieron la compasion de vendarle los ojos. Hasta el término del viaje, y esto contribuyó sin duda á mantener su valor, el conde conservó alguna esperanza. Alberto se decia: sin duda esta venda no me deja ver...

Al llegar á San Felipe, quitáronle la venda. La conciencia repentina que el conde Alberto tuvo de su desgracia estuvo á punto de hacerle perder la razon.

San Felipe es un lugarcillo situado á unas cincuenta millas de Arispe, al Sur del rio Gila, en una llanura fértil, pero inculta, cuya mayor parte está cubierta de pantanos de arroz que el viento oeste se cuida de sembrar por sí mismo en otoño. Los prodigiosos criaderos de oro que encierra la Sonora están mas al Sur. En San Felipe hay dos ó tres docenas de cabañas agrupadas al rededor de un fuerte de madera que está á su vez dominado por una torre bastante alta.

Esta torre, desprovista de arquitectura, tiene la forma de un gigantesco jarro sin bordes. Este fué el sitio que escogieron para cárcel del prisionero.

Habia en el lugar un partido que queria su muerte; mientras que el alcalde y el ayuntamiento estaban por

el rescate. Los vecinos que se pronunciaron por la muerte quedaron en minoría; eran las cabezas ligeras. El placer de matar á un enemigo que puede ofrecer rescate es sin duda una prodigalidad condenable.

El alcalde se llamaba el señor Juan María Tristany. Era un hombre grave, taciturno y flaco como don Quijote, que se alimentaba de tabaco, chocolate y agua fresca. Tenia una hija de unos veinte años, llamada doña Carmen.

El pobre Alberto de Rosen no pudo verla nunca; pero la jóven tenia una voz que penetraba hasta el fondo del corazón. El conde Alberto sabia que era bella como un ángel.

Sus cabellos, segun decian, eran negros como el azabache y mas suaves que la seda; cuando los desataba le llegaban hasta los pies, formando, segun la bella imagen del poeta, «un manto de rey.»

Elena, que miraba en este momento á Jorge Leslie, bajó los ojos, como si se hubiese sentido herida por un rayo de luz demasiado viva.

Jorge prosiguió:

— Doña Carmen, buena y caritativa, sabiendo que el prisionero era ciego, quiso llevarle algun consuelo, y con este motivo pidió permiso á su padre para subir á la torre.

El alcalde consintió en ello, con la condicion que Carmen se encargaria de decir al mayor que los vecinos se contentarian con ocho mil onzas de oro por su rescate.

Cuando doña Carmen entró en la celda del cautivo, este, en medio de las tinieblas que le rodeaban, creyó ver un rayo de sol. La jóven se sentó junto á la cabecera de su cama. La venda que cubria los ojos del prisionero daba una especie de confiada seguridad á su pudor.

Al despedirse le dijo que se conformase con la voluntad de Dios, consuelo de los desgraciados.

— Caballero, le dijo, volveré.

Alberto le pidió besar su mano, pero la jóven habia pasado ya el umbral de la puerta.

Tobias se sintió consolado despues de la visita del ángel. Esta noche, el conde Alberto durmió mas tranquilamente.

Doña Carmen volvió al día siguiente. Alberto tocó con sus labios la mano suave y perfumada de la jóven. Veía la con el corazón. ¡Cuán bella era!

Al tercer día, la voz de doña Carmen tembló cuando al dejar la celda dijo:

— ¿Queréis ser mi hermano? yo seré una hermana para vos.

Al cuarto día, su voz temblaba mas aun cuando le preguntó si habia amado nunca.

El conde Alberto cumplió con lealtad su deber de caballero. Le descubrió su corazón hasta lo mas profundo, en donde estaba grabada la imagen de Elena.

— Ya que vos la amais, yo la amaré tambien, murmuró doña Carmen.

Rosen adivinó que la jóven tenia los ojos arrasados de lágrimas.

El señor alcalde no dejaba de preguntar cada mañana á su hija cuando pagaria su rescate el mayor.

Desde este día, Rosen y Carmen hablaron con frecuencia de Elena.

Estas horas de cautiverio eran dulces. A veces Carmen decia:

— ¡Cuán triste debe estar lejos de vos!

Si Elena hubiese sido hija de Méjico, añadia, no habriais partido solo.... Yo hubiese dicho á mi amante: Quiero ser tu esposa y participar de tus peligros...

Habian trascurrido muchos meses. En esta torre de madera, el calor era insufrible durante el día. Rosen pasaba una parte de la noche sentado junto á su ventana, á fin de que su frente percibiese la brisa fresca del Nordeste.

Aquel viento venia de Baltimore; tal vez habia acariciado los blondos cabellos de Elena...

Una noche, en tanto que permanecía así solo, perezoso y pensativo, tembló de repente y se puso de pié.

El viento llevó á sus oídos una señal extraña, pero muy conocida; era la señal por medio de la cual Towah y Lila se encontraban en los bosques.

El conde creyó ser juguete de un sueño; pero la señal se hizo oír otra vez. Despues volvió á reinar el silencio en las tinieblas.

Rosen asomó el cuerpo fuera de la ventana para ver si percibia algun nuevo ruido.

El pueblecillo dormia.

Alberto no oyó mas que la voz triste del viento que pasaba por las grandes sabanas.

En el momento en que iba á acostarse se oyó una detonacion lejana.

— ¡Es el sonido de la carabina de Towah! exclamó el conde.

El conde permaneció alerta hasta la mañana.

Doña Carmen vino mas temprano que de costumbre.

— Se ha observado que un indio daba vueltas al rededor de la muralla, dijo la jóven.

— ¡Es mi criado, es mi fiel amigo! exclamó el conde; salvadle, doña Carmen, salvadle, por Dios!

— Le salvaré, dijo doña Carmen.

La jóven se fué á encontrar al alcalde y le dijo:

— Señor, el preso mantiene correspondencias con el exterior. Un indio de la montaña ha hecho señales bajo la muralla.

— Ya lo sé, respondió Juan María Tristany; á Dios gracias, señora, nuestros centinelas no son sordos ni ciegos.

— ¿Sabéis tambien que este indio viene para ponerse de acuerdo con el prisionero con respecto á su rescate? preguntó doña Carmen.

El alcalde llamó en seguida á sus mosqueteros para decirles que no hiciesen el menor daño al indio.

— Bien podemos pedir quinientas onzas mas por la larga manutencion del caballero, añadió el alcalde.

Doña Carmen ofreció á su padre asistir á las entrevistas del preso y del indio, á fin de prevenir cualquier complot de evasion.

Towah vino de nuevo á rondar bajo las murallas y se dejó prender. Una vez prisionero, segun la costumbre de los indios, no pronunció una palabra. Doña Carmen le hizo conducir á la torre y despidió á sus guardas.

El conde, Towah y doña Carmen se quedaron solos.

El indio guardó el mismo silencio, porque no conocia á doña Carmen.

— Habla, Towah, dijo el conde; esta es mi hermana.

Towah, que permanecía de pié tieso como un baston, volvió con prontitud sus ojos hácia la jóven. El indio cogió la mano de doña Carmen y la llevó á su cabeza; sin embargo, aun no habló.

— ¿No tienes nada que decirme?... preguntó el conde. ¿Ha venido contigo Lila?

Towah bajó la cabeza, dejando escapar de su pecho un ronco suspiro...

— ¡Towah no tiene ya mujer! respondió en voz baja. En seguida levantando la cabeza con un tono de doloroso orgullo, añadió:

— Towah la ha muerto.

— ¡Este hombre ha asesinado á su mujer! exclamó doña Carmen horrorizada.

— Towah no se parece á los hombres que vos conocéis, señora, dijo el conde. ¿Porqué has muerto á tu mujer, Towah?

— Porque ha vendido el secreto de mi amo, replicó el indio.

El conde no hizo ninguna otra pregunta.

Carmen miraba asustada el rostro extrañamente pintado del indio.

Despues de un corto silencio, este extendió su mano hácia adelante y repuso en voz baja:

— Lila ha vendido tambien á Towah su marido... Towah quiere contárselo todo á su amo... Un rostro pálido vino al campamento con su criado. Era francés.

Lila y yo le llamábamos *Lengua de oro* porque sabia persuadir y agradar cuando hablaba... Los Golden-daggers dieron á su criado el nombre de Mohican. El Lengua de oro permaneció algun tiempo con nosotros, y no quiso nunca que el sargento emprendiese una expedicion para libertaros. Su criado hablaba con los jóvenes y supo por ellos que Lila y yo conociamos un tesoro.

Las mujeres no saben guardar un secreto. ¿Eran acaso brujos los jóvenes para adivinar el secreto de Lila?

— ¿Y por este motivo la has muerto? interrumpió el conde.

— No, respondió Towah; aguardad, mayor, y sabreis... El Lengua de oro vino una noche á la cabaña donde Lila y yo viviamos, y poniendo una botella de ron en el suelo dijo: ¿Queréis beber? Lila y yo bebimos. El Lengua de oro metía el gollete de la botella en su boca, pero ignora si bebia. Cuando la botella estuvo vacía, Lila se puso á cantar y á bailar: estaba ébria.

El Lengua de oro dijo:

— Si mi hermano Towah quiere, tendrá cien botellas de licor como este.

— Towah lo quiere, respondí yo.

— Para esto es menester que Towah me hable con franqueza.

— Preguntad, y Towah responderá.

— ¿En qué sitio ha escondido su tesoro el mayor?

Towah no se embriaga con media botella de ron. Towah contestó al Lengua de oro: «¡Vete!» y al mismo tiempo alcanzó su tomahak que estaba colgado detrás de la puerta.

El Lengua de oro se retiró.

Al día siguiente Towah salió para ver si habia algo de nuevo entre la roca del Soldado y el dique. Cuando volvió, Lila cantaba y bailaba. Lila estaba ébria.

Towah dió un bofetón á su mujer, porque una mujer no tiene el derecho de embriagarse no estando su marido.

Durante muchos días, Towah vió que Mohican daba vueltas al rededor de la cabaña.

Una mañana el Lengua de oro y su criado desaparecieron del campo. En vano se les aguardó todo el día: no vinieron. Lila no quiso salir de la cabaña; lloraba y se golpeaba el pecho. Towah le preguntó:

— ¿Porqué lloras?

Lila respondió torciéndose los brazos:

— Lila quiere morir.

Towah lo comprendió todo. Las mujeres hablan de morir cuando han hecho traicion á su esposo. Towah sabe que la mujer es mas débil que el hombre, y dejó vivir á Lila.

Pero una sospecha le hizo dirigirse hácia la antigua cabaña de su amo, en la cual las yerbas crecian ya sobre las cenizas.

Towah vió dos líneas tiradas á cordel; la una iba de la cabaña al centro del dique; la otra partia del Soldado y se dirigia hácia el Norte.

En el paraje en que estas dos líneas se cruzaban habia un hoyo ancho y profundo. El tesoro habia desaparecido. Towah volvió á su choza y cortó la cabeza á Lila con su tomahak.

Despues de enterrar á Lila, su esposo se puso á seguir las huellas del Lengua de oro y de Mohican, jurando que caminaría con los pies desnudos hasta colgar en su cintura la cabellera de Mohican...

El conde Alberto se bajó para tocar los pies de Towah. El indio no llevaba sandalias.

— Towah no se ha vengado aun, dijo este inclinando la cabeza.

El conde de Rosen había perdido toda esperanza de rescate.

El francés á quien el indio llamara Lengua de oro y del cual Alberto debía saber mas tarde el verdadero nombre, le había robado por valor de mas de un millón.

— ¿Hacia qué lado se han dirigido esos dos hombres? preguntó Alberto.

— Towah les ha seguido á través de todo el pais de Méjico hasta el puerto de Acapulco; allí se embarcaron en un buque que debía dar la vuelta á la tierra del Sur y remontar después hacia el Norte... Towah sabe el nombre de la bahía en donde el buque anclará; es un nombre indio... la bahía Delaware.

— ¡Baltimore! murmuró Alberto de Rosen, mientras que doña Carmen volvía la cabeza suspirando.

— Vas á partir, repuso.

En vez de responder Towah se adelantó hacia él, y apoyando sus manos en las sienes del conde se puso á contemplar sus ojos con atención.

— Towah no puede partir, replicó al fin; su amo tiene necesidad de él... Towah conoce la virtud de las plantas y volverá la vista al mayor.

El corazón de Alberto saltó á esta palabra. Quizá, señoras, confiáis poco en la ciencia médica de los salvajes. Rosen, por el contrario, tenía en ella la mas ciega fe. Además, Towah no se alababa nunca, y cuando decía: haré tal cosa, la cosa quedaba hecha.

— ¡Si Dios me concediera esta dicha! exclamó el conde buscando la mano de la bella jóven, entonces os vería, Carmen.

Y en seguida con acento apasionado añadió:

— ¡Y vería á Elena!

La mano de Carmen se quedó helada entre las suyas.

— ¿Cuánto tiempo necesitarás para volverme la vista? preguntó Rosen á Towah.

— Tres meses de verano, respondió este.

Entonces empezaba la estación de las lluvias.

Alberto se puso á reflexionar.

— ¿Hace mucho tiempo que esos dos hombres se embarcaron? volvió á preguntar Alberto.

— Cincuenta días.

Por ahora nada podia llevar á Rosen á reunir en su pensamiento al aventurero francés que le despojara de sus riquezas, y á miss Talbot, su futura esposa.

Peró ¿sabía nadie por qué puerta los presentimientos se introducen en el alma?

— ¡Tú me amas y tienes valor, Towah! exclamó el conde de repente; me es indispensable saber de Elena.

— Hace seis meses que Towah anda con los pies desnudos, respondió el indio; sus pies se han endurecido: bien podrá andar otros seis meses.

— Partirás y no te detendrás hasta Baltimore. Allí verás á Elena. Le dirás que la amo y le referirás mi desgracia... le prometerás, le jurarás en mi nombre y por mí fe ¿lo oyés? le jurarás por todo eso que me volverá á ver rico y triunfante... Conozco á Elena y me aguardará... Dios no me ha quitado aun toda esperanza de felicidad.

Carmen llenó de oro las manos de Towah.

— Towah, murmuró la jóven, dirás á miss Talbot, que Carmen, su hermana desconocida, le envía el beso de paz.

El indio salió del pueblecillo despues de haber ofrecido no detenerse en el camino.

El señor Juan María, al verle atravesar la llanura tan precipitadamente, se restregó las manos todo el resto del día, creyendo que el indio iba á buscar el rescate del mayor.

Las horas fueron mas largas despues de la ida de Towah. El conde Alberto contó los días. La dulce conversacion de Carmen no era suficiente para moderar su pena. Y sin embargo, la jóven le hablaba sin cesar de Elena y de su felicidad futura.

Era un alma ardiente, pero santa. Cuanto mas se penetraba en su corazón, tanto mas inagotable se encontraba en él el tesoro de tierna y compasiva abnegacion que encerraba.

Si el corazón de Elena hubiese sido como el de Carmen...

Peró á aquella, el conde Alberto la amaba con todas las fuerzas de su corazón.

Towah tardó mucho tiempo en regresar. Pasóse la estación de las lluvias y una parte del verano.

El conde decía á Carmen:

— Mirad hacia el nordeste.

La pobre Carmen miraba de lo alto de la torre, y á pesar de que esforzaba cuanto podia su vista, no veía nada.

Una tarde percibió allá á lo lejos como un punto oscuro que se movía en la llanura. Su pobre corazón se puso á latir. ¿Había esperado que Towah no volvería?

Rosen estaba acostumbrado á adivinar sus pensamientos sin oír ni ver.

— ¿Hay alguna novedad, Carmen? le preguntó.

— No distingo bien aun, respondió la jóven; con todo, el objeto crece á la vista con rapidez.

— ¿Qué objeto?

— Esperad... es un hombre... un hombre á caballo...

El sol poniente le ilumina en este instante... va medio desnudo... su caballo no lleva jaeces.

— ¡Towah! exclamó Rosen, los Panios son jinetes desde que nacen.

— Me parece que es efectivamente el indio, dijo Carmen despues de un momento de silencio; hace correr su caballo como una saeta...

— ¡Ah! se interrumpió la jóven con un grito de terror, el caballo cae y desaparece con el jinete en el barranco... ¡Towah!... ¡es Towah!... Towah lo saca y pica los ijares del animal con la punta de su cuchillo... ¡Adelanta!... ¡adelanta!

Rosen estaba en la ventana al lado de Carmen. Su voluntad hacia un esfuerzo supremo para romper la venda que cubría su vista. Alberto hubiese querido adivinar desde lejos la noticia en el semblante de su mensajero.

— Ha vuelto á caer otra vez, dijo la jóven; se levanta y contempla el animal tendido... continúa su carrera: el caballo ha muerto.

— ¿Viene con los pies desnudos? preguntó Rosen.

— Sí, desnudos y ensangrentados.

Rosen dijo en alta voz:

— ¡No se ha vengado todavía!

Un cuarto de hora despues, á consecuencia de las órdenes dadas por la hija del señor alcalde, Towah fué introducido en la torre.

(Se continuará.)

## Revista de la moda.

SUMARIO. — La elegancia patinando. — Indicios de la primavera. — Los bailes. — Un adivino en el ministerio de la Guerra. — Lo que se ve en el espejo mágico. — Una lluvia de camelias. — Treinta y dos sotas de copas. — De los trajes de baile. — Una pastora Luis XVI. — Dos palabras sobre las modas. — El círculo de americanas en Tullerías. — Descripción del figurin.

La elegancia parisiense acaba de darse un placer lujoso á que está poco acostumbrada; ha sido el de correr patines; todos los hombres de la mejor sociedad han imitado el ejemplo de S. M. el emperador, que es uno de los mas hábiles patinadores que pueden verse. Pero todo esto se acabó ya, y en el día asoma la primavera dejando entrever algunos rayos de sol. Así el bosque de Boulogne principia á animarse de las tres á las cuatro de la tarde, en tanto que por la noche los salones dan bailes y fiestas brillantísimas. Como el carnaval toca á su fin, la gente aprovecha las horas. Hay bailes, comedias y conciertos por todas partes. Entre todas estas fiestas, el baile del mariscal Randon, ministro de la Guerra, ha dejado memoria gracias á un célebre adivino que hubo en él, que tuvo muy divertidos á los concurrentes. Armado de un espejito mágico leía el pensamiento de todas las señoras que se atrevían á consultarle.

— Ya que lo sabéis todo, caballero, le dijo una jóven y bonita rubia, podriais decirme qué proyectos formo yo para este verano.

— ¿Me prometéis ser franca?

— Sin duda alguna.

— Pues bien, miraos en mi espejo.

La linda jóven obedeció.

— Señora, la dijo el adivino, pedireis á vuestro médico una certificación para poder ir á Baden, porque...

— Muy bien, interrumpió la dama, proclamo á la faz de todos que sois un sabio. Ahora decidme cuál es la flor que yo prefiero.

— El no me olvidéis.

Las megillas de aquella señora tomaron el color de las rosas cuando se abren.

Otra se acercó al adivino y le preguntó:

— ¿En qué he pensado yo esta mañana?

— Nada mas fácil de saber; abrid vuestro pañuelo de encaje.

La hermosa marquesa sacudió su pañuelo y cayó de él una lluvia de camelias blancas.

— Queriais para esta noche un adorno de camelias naturales para completar vuestro aristocrático prendido blanco. El marqués os ha enviado camelias encarnadas, y el obsequio os ha gustado demasiado para decirle que habriais preferido camelias blancas.

Un general quiso ver algo sorprendente.

— Os prevengo, le dijo, que no me sorprendo fácilmente, porque he visto muchas celebridades en vuestra ciencia.

— General, que traigan una baraja nueva.

Así lo hicieron.

— Abridla voz, y sin soltarla de la mano pensad una carta... ¿Está?

— Sin duda.

— ¿Qué carta habeis pensado?

— Si os lo digo fácil os será adivinar.

— No le hace.

— La sota de copas.

— ¿A cuántas cartas quereis que salga del juego?

— A la quinta.

— Dadme la baraja.

Y se puso á contar, una, dos, tres, cuatro, cinco.

— No es todo aun, repuso el adivino; tomad la baraja, y cuidado con que se caiga una sola carta; voy á echar encima dos gotas de las que contiene este pomito maravilloso, y habrá una metamorfosis.

Lo hizo así. El general abrió la mano, miró sus naipes y con asombro vió treinta y dos sotas de copas en vez de las treinta y dos cartas.

Si el lector desea saber el nombre de este adivino, diré que se llama Brunnet, nombre que merece escribirse en letras de oro.

Los uniformes franceses y extranjeros estaban en gran mayoría en el ministerio de la Guerra.

La mayor parte de los hombres de mundo han adoptado la casaca de corte para asistir á las fiestas oficiales.

En cuanto al traje de baile para los salones aristocráticos se compone del frac negro ó de fantasía; regularmente cuan-

do el hombre ha cumplido treinta años, no sale del frac negro, mientras los jóvenes prefieren el de color.

Se llevan muchos chalecos blancos con transparentes de seda rosa, lila, cereza y azul de China. Es una tentativa de buen gusto.

De todos modos la moda masculina no hace progresos en la novedad.

Los bailes de trajes hacen furor, se entiende los del gran mundo. Un guapo jóven de diez y ocho años, muy rubio y sin pelo de barba, ha ofrecido vestirse de pastora Luis XVI, apostando á que tendrá mas de diez adoradores. La apuesta consiste en veinte mil francos; solo tres amigos están en el secreto. Dícese que la pastora hará su graciosa aparicion en el último baile de trajes de Errazu, para el cual se están haciendo grandes preparativos.

Hé aquí ahora todo lo que sé en punto á modas.

Dícese que esta primavera se volverá á los pantalones muy anchos y á las telas escocesas de grandes cuadros.

Las casaquillas á la inglesa se llevan ya mucho y reemplazan las levitas.

Hasta el día los chalecos no han tenido cambio.

Ahí está todo lo que sé: no puede ser menos.

A decir verdad, la moda se ocupa mas de bailes que de vestidos de primavera.

En el palacio de Tullerías llaman mucho la atención las americanas por su hermosura. Lejos del ruido de las contradanzas, estas señoras han adoptado un salon donde forman como un grupo de huries cuya sultana es la linda miss Carter, cuyas graciosas evoluciones sobre el hielo del bosque de Boulogne llamaron mucho la atención de la emperatriz. Tambien se distinguen las niñas del ministro de los Estados Unidos M. Falkner.

Concluamos con la descripción de nuestro figurin que representa un niño y tres jóvenes del mundo elegante.

El traje del primero es muy sencillo. Se compone de una graciosa blusa de popelina ó de cachemira gris ruso galoneada de pasamanería y terciopelo. Esta blusa, que se hace de terciopelo negro ó azul, es muy distinguida. Su vuelo no es mucho, es un poco corta y solo está abierta por arriba. Las mangas son de estilo oriental, un poco anchas y van adornadas de pasamanería. Bajo la blusa se lleva un chaleco cualquiera. El pantalon es de tela adecuado al traje y los botines del mismo color; en la cabeza una gorrita con una pluma.

Sigue al niño un traje de fantasía para montar á caballo. Es una jaqueta de tela mezclilla abotonada con cuatro botones, con bolsillos en las caderas y cuello de terciopelo. El chaleco sin cuello cierra un poco alto y cae largo y cuadrado. El pantalon rayado es de color bronce mezclilla con una banda muy estrecha en cada costura. Corbata lila y guantes amarillos.

El segundo traje es muy original: compónese de un levitín de paño granate, cortado derecho sobre el delantero con solapas cubiertas de seda. Chaleco y pantalon de lana gris. El chaleco cierra hasta arriba, sin cuello, y va guarnecido al rededor con un galon negro cosido llano. Pantalon ancho.

El último personaje lleva una levita de paño negro, género Dorsay. El chaleco se abotona bastante alto para que se vea debajo de la levita. Pantalon siempre de la misma forma. Corbata negra y guantes amarillos.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## Enfermedad y muerte de los condes de Montemolin y su hermano.

La Esperanza, periódico de Madrid, publica, con el título de Breve relacion médica de la enfermedad y de la muerte de los príncipes españoles, el documento que á continuacion transcribimos.

« Los príncipes españoles Don Carlos Luis de Borbon y Braganza, conde de Montemolin; Doña María Carolina de Borbon, su esposa, y el infante Don Fernando María José de Borbon y Braganza, dejaban á Trieste la mañana del 27 de diciembre último, partiendo por el camino de hierro hacia Brunnsee (Styria), en donde se halla el palacio de su augusta parienta la señora duquesa de Berry.

El estado de salud de los príncipes era aparentemente satisfactorio, aunque algunos días antes de su marcha habían tenido un resfriado que había desaparecido en los señores condes de Montemolin sin hacer remedio alguno, y que continuaba en el príncipe Don Fernando, el cual no le atribuía ninguna importancia.

Llegados á Brunnsee con un día de gran frio seco (17 grados de Reaumur bajo cero), no se quejaron, ó no habían tenido de qué quejarse durante el camino, sino del rigor de la estación.

Al día siguiente, 28, los condes de Montemolin se encontraban bien; pero el príncipe Don Fernando sentía mas fuertemente los efectos de su resfriado, que sin embargo, no le impidieron permanecer levantado hasta las seis de la tarde. Habiendo sido entonces llamado el médico del castillo, doctor Pitner, resulta de su relacion, escrita con fecha 10 del corriente, que halló al infante en compañía de su hermano y cuñada, que se quejaba de dolor gravativo en la cabeza, que le atormentaba hacia algunos días, acompañado de vahidos de cabeza; que sentía tambien ardor en la garganta, opresion en el pecho y un dolor á la nuca que parecia reumático; la piel estaba fria y le daban calofrios. La noche fué inquieta y sin sueño.

En la mañana del 29 (siempre segun la relacion del doctor Pitner), la calentura era violenta, la opresion á la respiracion, la tos y el ardor de la garganta, persistian; la lengua cubierta de una mucosidad pegajosa, el vientre un poco timpánico, y sobre la frente y el cuello se notaban algunas manchas parecidas á pica-

duras de pulgas, que no desaparecían bajo la presión de los dedos. Después que el doctor Pitner había observado estos síntomas, y algunos otros que se omiten por brevedad, añade: « En vista de semejantes fenómenos, no podía ya quedarme duda alguna de la presencia de una *purpureotiphosa*, sobre cuyo peligro fui al momento á prevenir á su augusto hermano, advirtiéndole al mismo tiempo del riesgo que había de un contagio. »

A pesar de todos los recursos del arte, el estado del príncipe continuó agravándose y complicándose de somnolencia, entorpecimiento cerebral y dificultad para hablar.

El día 1° de enero, á las seis de la mañana, halló el doctor Pitner al enfermo con un sudor general abundante, y el exantema ó erupción, que se había presentado antes en la frente y cuello, repartida por todo el cuerpo. Y bajo la presión de los demás síntomas, que continuaban siempre agravándose, sobre todo los del encefalo, el ilustre enfermo cesó de vivir, casi sin agonía, á las seis de la tarde del mismo día.

Los señores condes de Montemolin volvieron á Trieste el día 5 por la noche, algo indispuestos y llenos de espanto, sea por el dolor, sea por la terrible y rápida desgracia sobrevinida al infante, cerca del cual habían permanecido durante su enfermedad. Al día siguiente, aunque se levantaron, hicieron llamar al médico de la familia, que halló al conde con el pulso un poco nervioso, y la lengua mucosa hácia su base. El estado de la princesa, su esposa, no ofrecía otra cosa sino los indicios ó vestigios de las emociones sufridas.

El señor conde cayó enfermo con calentura bastante fuerte, que le obligó á quedar en cama el lunes 7 después del medio día, y la señora condesa debió quedarse en cama, también con calentura, al día siguiente. En este día, al principio de la tarde, se manifestó en el príncipe una erupción semejante á la descrita por el doctor Pitner en su hermano. A las tres de la madrugada del día 9 aparecían en la princesa los mismos síntomas, que habían sido precedidos en ambos de una tos seca, mas pertinaz en el conde, con algun ardor en la garganta.

La calentura y el exantema siguieron en ambos enfermos un curso regular y benigno; en el príncipe hasta la mañana del séptimo día, en que el sudor había cesado casi de repente, sin causa manifiesta, y la erupción había tomado un color algo pálido. La cabeza y el pecho comenzaron á agravarse, y las cosas marchaban con tal rapidez, que los síntomas de un tífus agudísimo se desarrollaron velozmente, paralizando al instante las fuerzas de la naturaleza, hasta el punto de hacer inútiles los recursos de la terapéutica, y de privar de la vida al príncipe á las cinco y media de la tarde del día 13.

En la princesa, que se encontraba en el sexto día de la enfermedad, después de la escena horrible de la agonía y de la muerte de su muy amado esposo, del cual no había querido separarse en el vecino lecho, tres horas mas tarde se manifestaron precipitadamente los mismos síntomas tifoideos, encefálicos y torácicos, con repercusión instantánea de la erupción, que cortaron su existencia de una manera rápida á eso de la media noche.

Desde el momento en que los síntomas de la enfermedad habían comenzado á agravarse en el príncipe, se llamó para una consulta á los señores doctores Lorenzutti, Cappelletti, Goracuchi, Ferrari y de Moulon, los cuales estuvieron unánimes sobre el fatal pronóstico de tan terrible



LA CONDESA DE MONTEMOLIN, MUERTA EN TRIESTE EL 14 DE ENERO DE 1861.



PERICLES ARGYROPOULO.

enfermedad. Según el curso seguido por la enfermedad, así como los fenómenos casi idénticos que había presentado en los tres príncipes, la presencia de una afección tifoideo-contagiosa era bien evidente para los médicos, y que el contagio había sido transmitido por el primer difunto al hermano y á la cuñada, que le habían asistido en Brunsee.

Así pues, ninguna duda queda para los infrascritos que la enfermedad ha sido una *rosalia* (*sarampion*) *anómala tifoidea* (*rubeola maligna* de algunos autores), de un carácter el mas pernicioso, la cual á su vez había degenerado á tal punto, por haber encontrado en los augustos enfermos una gran predisposición, causada por los grandes sufrimientos morales á que se hallaban expuestos, sobre todo, desde cierto tiempo.

La naturaleza contagiosa y perniciosa de la enfermedad, una vez establecida y probada, era deber de los médicos el hacer trasportar, lo mas pronto posible, los cadáveres á un sitio aislado y ventilado, y hacer practicar la desinfección de todas las habitaciones ocupadas por la real familia y su séquito. Estas medidas se hallaban tanto mas justificadas, cuanto que los cadáveres, pocas horas después de la muerte, y á pesar de un frío de los mas rígidos, presentaban ya las señales de una descomposición avanzada.

Trieste 19 de enero de 1861. — Doctor F. Cardona, médico de cámara. — Doctor A. Lorenzutti. — Doctor Cappelletti. — Doctor, caballero A. de Goracuchi. — Doctor F. Ferrari. — Doctor, caballero A. de Moulon. »

#### Pericles Argyropoulo.

El hombre eminente cuyo retrato damos y cuya muerte prematura es un luto público para la Grecia, su patria, es un antiguo rector de la universidad de Atenas, ex-ministro de Negocios extranjeros, descendiente de aquel Juan Argyropoulo que enseñaba filosofía en Padua y en Florencia á mediados del siglo XV, y que fué uno de los principales promovedores del renacimiento en Italia. Nació en 1809 en Constantinopla, donde su padre Jacobo Argyropoulo, el traductor del *Espíritu de las leyes* en griego moderno, llenaba el importante empleo de gran intérprete del divan. Después de haber terminado sus estudios de derecho en Paris, el señor Argyropoulo fué á establecerse en Atenas, que en el intervalo se había convertido en capital de un nuevo reino, y donde principiaban á reunirse todos los miembros diseminados de la gran familia helénica. Su familia, proscrita desde los primeros días de la insurrección griega, había llegado allí algunos días antes. Después de haberse dado á conocer en el foro de una manera muy brillante, fué nombrado procurador general del tribunal de apelación, y poco después profesor de derecho administrativo y de derecho constitucional en la universidad de Atenas. Mas tarde fué en dos ocasiones distintas rector de esa misma universidad, ministro de relaciones exteriores con el gabinete Maurocordato (1856), y en fin diputado al parlamento, que le contaba en el número de sus primeros oradores. Pericles Argyropoulo murió el 16/28 de diciembre último, cuando apenas tenía cincuenta y un años, dejando en pos de sí una reputación de honor, de talento y de lealtad que fortifica la estimación universal de que disfrutó en vida, y el sentimiento unánime que causó su muerte. A. U.